

REPENSAR EL CAMINO A TRAVÉS DEL ENCUENTRO
CON LA MEMORIA Y EL LENGUAJE

DANIEL NICOLÁS CÓRDOBA MAYA
CINDY CATHERINE NARVÁEZ GAMBOA

UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2018

REPENSAR EL CAMINO A TRAVÉS DEL ENCUENTRO
CON LA MEMORIA Y EL LENGUAJE

DANIEL NICOLÁS CÓRDOBA MAYA
CINDY CATHERINE NARVÁEZ GAMBOA

Trabajo de Grado

ASESOR:
Dr. DUMER MAMIÁN GUZMÁN

UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2018

“Las ideas y conclusiones aportadas en este trabajo de grado son responsabilidad exclusiva de los autores”.

Art. 1 del Acuerdo No. 324 de octubre de 1966, emanado del Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

NOTA DE ACEPTACIÓN

Firma del presidente del Jurado

Firma del Jurado

San Juan de Pasto, septiembre ____ de 2018

AGRADECIMIENTOS

Gratitud, en especial, al profesor Dumer Mamián Guzmán que, con sus acertados consejos, nos permitió reconocer diferentes formas de realidad; a la Institución Educativa Municipal Obonuco, por permitirnos llevar a cabo esta estrategia educativa con los estudiantes de grado 11, y a las personas que, con su memoria lúcida, permitieron encontrarnos con la importante necesidad de resignificar el camino, la historia y el sentir-pensar.

**Daniel Nicolás
Cindy Catherine**

A nuestros padres que, con la paciencia característica, ayudaron a forjar nuestro ánimo y templanza para asumir los retos que otorga la existencia.

Daniel Nicolás
Cindy Catherine

RESUMEN

Este trabajo investigativo comprende una reinterpretación del camino más allá de su simple trazado, al repensar el sentido a través del encuentro con la memoria del otro, lo que permite el acercamiento a personajes que, en su tiempo, desempeñaron un papel fundamental en el sentir y pensar de la gente que atraviesa y configura el territorio de Obonuco.

El necesario repensar del camino nos llevó, en un primer momento, a internarnos en caminos hechos memoria en unos cuantos libros empolvados de la biblioteca, lo que permitió caminar por párrafos y renglones de la historia, para provocar un caminar desde el presente a tiempos de tono sepia.

La fotografía como herramienta que logra una escritura y lectura del contexto permitió una interacción entre imagen y letras, consolidándolas como una posibilidad de estrategia estudiantil que se logró con los estudiantes de la I.E.M Obonuco, del Grado 11, herramienta que generó una ruptura jerárquica entre estudiante y profesor, para permitirle al estudiante investigar y conocer su realidad, sus caminos y su historia desde la palabra del otro.

Palabras clave: caminar, camino, fotografía, lenguaje, memoria, pensar, sentir.

ABSTRACT

This research work includes a reinterpretation of the road, beyond just its layout. It leads to rethink the meaning through the encounter with the memory of the other and allow the approach to characters who, in their time, played a fundamental role in the feeling and thinking of people who go through and configure the territory of Obonuco.

First, this need to rethink the road led to enter roads made memory, in a few dusty books in a library. First, this need to rethink the road led to travel journeys made memory, in a few dusty books in a library. First, this need to rethink the road led to travel journeys made memory, in a few dusty books in a library and pass through paragraphs and lines of history, which establishes a move forward now to times of sepia tone.

Also, photography, as a tool to achieve a writing and reading about the context, allowed an interaction between image and discourse, to consolidate them as a strategy for students of the IEM Obonuco, course 11. This establishes a hierarchical rupture between student and teacher, which leads him to investigate and know his reality, roads and history from the word of the other.

Keywords: literature, meeting, memory, Obonuco, philosophy, photography, road.

CONTENIDO

	Pág.
INTRODUCCIÓN	12
1	14
2	18
3	32
4	36
5	47
6	56
7	60
8	61
CONCLUSIONES	78
BIBLIOGRAFÍA	79

LISTA DE FIGURAS

	pág.
Figura 1. Camino y encuentro.	14
Figura 2. Indios cristianos casados.	22
Figura 3. Cargueros transportando gente.	25
Figura 4. Estatua del Gral. Antonio Nariño en el Centro de la ciudad	28
Figura 5. Camino por donde salió Antonio Nariño, exiliado a Quito.	30
Figura 6. Huellas y memoria.	32
Figura 7. Camino Real.	33
Figura 8. Vereda San Felipe. Entrada a la Chorrera del duende.	36
Figura 9. Camino que conduce a la casa, con don Jorge Maigual.	38
Figura 10. Escapulario en la Piedra Pintada. Lo sagrado en el camino.	39
Figura 11. Compañero y camino.	41
Figura 12. Memoria y tradición.	44
Figura 13. Camino líquido.	44
Figura 14. Sentir y memoria.	45
Figura 15. Intimidad y camino.	48
Figura 16. Piedra Pintada.	59
Figura 17. ¿A qué juegas?	62
Figura 18. ¿Y tus manos?	63
Figura 19. ¿Qué cuidas?	64
Figura 20. ¿Se escucha?	65
Figura 21. ¿Quién grita?	66
Figura 22. ¿Estar? ¿No estar?	67
Figura 23. ¿Y los juguetes?	68
Figura 24. ¿Y la tristeza?	69
Figura 25. ¿Has visto el viento?	70
Figura 26. ¿Quién pasa?	71
Figura 27. ¿Aún se escuchan las risas?	72
Figura 28. ¿Dualidad?	73
Figura 29. ¿Qué cuentas, camino?	74
Figura 30. Dualidad. Fotografía estudiante Daniela Jojoa Rosero.	75
Figura 31. ¿Y el caballo? Fotografía estudiante Héctor Achicanoy.	76
Figura 32. Zigzag. Fotografía estudiante: Diana Mercedes Cortés.	77

INTRODUCCIÓN

Memoria, lenguaje, camino y vida. Existen momentos en que la posibilidad de encontrarse con lo absoluto de lo sencillo y simple permite crear una resignificación de lo aparente obvio y, alejándose de los parámetros lógicos y sistematizados de una palabra que posee potencia de discurso, la posibilidad negligente de un devenir momentáneo con el ser lenguaje. Encontrarnos con la necesidad de reconocerse a partir del otro, reconocer el mundo, la realidad, el todo y sus partes, fecundando una implacable hermenéutica traída a nuestra realidad desde el momento antiguo de la palabra.

Resignificar el camino es resignificar lo real, el acto en que nos encontramos, pues es caminar por sendas impregnadas con aroma a libros viejos, de caballos y mulas cansadas por la vida, es volver la vista y notar con una leve tranquilidad los momentos relevantes en la realización de esa naturaleza necesaria. Entre nostalgia y llanto se asoma una palabra agotada en el tiempo; aunque cansada, revolotea en el presente; palabra anacrónica a nuestra realidad en acto se engalana en el orgullo de un momento que fue. La palabra se dilata en el vacío y el sentido intenta asegurarla con ánimo de resignificación, una acción altiva, pues tratamos de seducir esa palabra en la reinterpretación del camino. Resulta indispensable y, diríamos, necesario al otro como posibilidad de conocer. Mostrar la realidad de lo sencillo a partir de movimientos corporales y epistémicos implica un desprendimiento de planteamientos directamente obvios, pues la sencillez de lo *aparente obvio* o encontrar la sencillez de lo *obvio* implica entender la complejidad e importancia que se entreteje en la conciencia del ser y la realidad de lo fantástico o etéreo en su contexto.

Aunque es necesario sentir el camino desde la experiencia de nuestro andar, se logra caminar desde la quietud de un escritorio. Caminar y resignificar en la quietud de un escritorio o repensar el contexto desde la palabra refiere a un desacomodamiento a lo instituido, pues se ha trazado que la obligatoriedad lógica para caminar implica (necesariamente) un movimiento ascendente del sillón o, en su defecto, de su cama, saliendo de su hogar y movido por la voluntad de empezar el viaje. Para la realidad lógica, moverse estando en la quietud de una silla o viajar permaneciendo en una casa implicaría un inevitable desprendimiento de la racionalidad.

El camino y su importancia están en la conciencia, están en la interacción del humano, su razón y su sentir, con lo real y el contexto. De ahí el inevitable encuentro con el lenguaje y la confianza del mayor. La palabra nos sumerge en sucesos o realidades sepias donde los pasos se hacen difíciles por el mal camino y los hábiles caminantes son protagonistas de la interacción de diferentes culturas. La memoria, ya sea impresa en hojas o explayada al vacío, permite que ingresemos en interacción con los sentimientos de alegrías o pesares de una cultura golpeada tal vez por el olvido; es el momento en que entramos en un espacio y tiempo diferente desde el ahora.

Entender el camino es entender el lenguaje, la memoria, el sentir y pensar del otro, es reinterpretarlo como escenario de bailes, guerras y peregrinaciones; entender el camino es entrar en interacción con las partes que conforman una relevancia en la realización de sociedades. Se lee el camino desde el otro, se siente el camino desde nuestra experiencia, se escribe el camino desde la experiencia literaria y la experiencia fotográfica. Existe la importancia de re-leer y re-escribir el mundo, existe la necesidad de sentir las particularidades que conforman un todo, que conforman la vida, que conforman nuestra conciencia e historia. Existe la necesidad de interpretar, desde la fotografía, como acto de escribir a partir de un momento, y desde las letras, como acto de identificar la realidad a partir del lenguaje del otro. En este trabajo investigativo, nace la posibilidad de escribir con imágenes correlacionadas a sentires de personas que sienten el camino ayudando a manifestar la reinterpretación de la realidad, donde se evidencia una sutil compañía entre las letras y las imágenes fotográficas.

1



Figura 1. Camino y encuentro.

Acercarse al camino a través de la memoria, entendiendo memoria como realidad de acciones o pasiones aún vivas que recrean la imaginación y los recuerdos; proponiendo una asociación de lo real, como momento detenido en el tiempo, y lo irreal, concerniente a la seducción y a la re significación de lo real, empezamos a andar en el lenguaje que, no guiado por el automatismo, sino sumergido en el terreno del estremecimiento, empieza a girar en una variante donde la condición de lo real, puramente escrito, como sustento de aprehensión, no es determinante. Es el sentir humano que proporciona no sólo una realidad sensible del camino al momento de dibujarlo a través de la palabra, sino permite una variedad nueva del mismo; un camino nuevo empieza en el viejo.

Partiendo de la importancia del camino, como el vínculo que provoca la interacción de múltiples culturas, permitimos adentrarnos en la necesaria acción de caminar a través de la imaginación y el recuerdo de instantes arrojados en un trozo de tiempo. Este vaivén en el tiempo no es precisamente la intención de un copiarse de algún momento histórico, se trata de revivirlo por entero para crear una apropiación del camino y un andar nuevamente en él con el lenguaje explayado en el vacío, pues “el “yo” que habla, crea una auto-ruptura se desparrama y se dispersa hasta desaparecer en este espacio desnudo”¹.

Es en el dinamismo del sentir del hombre que permite un desplazamiento suave entre la función de inquietar y, tal vez, de despertar al ser aletargado que vive en una automatización de la palabra, para asomarnos a un movimiento del camino que gira en

¹ FOUCAULT, Michel. *El pensamiento del afuera*. Valencia: Pre-textos, 1997, p.10.

torno a la necesidad del hombre. Nuestro espíritu viaja a un tiempo dicotómico del presente de una manera casi mística, se trastorna y se inquieta en el ahora, dejando todo remordimiento y desdoblándose hacia un momento del pasado, actualiza los recuerdos que permiten una convergencia en el presente. Este caminar empieza con la causalidad y la necesidad de reconocer nuestra casa con los sentires de la gente que ha vivido al borde del camino y en él. A este viaje se suma la experiencia de vivirlo y palparlo.

Al revivir y volver a andar por los caminos viejos, llegamos al encuentro con caminos de a pie o “chaquiñanes”²; caminos adornados con el tono amarilloso característico de un camino viejo, ajetreado por el intempestivo sol y caminos que juegan con la lluvia y terminan embadurnando de barro a todo aquel quien lo confronta; caminos que protagonizaban caballos halando carretas llenas de mercancías y personas que con el ánimo fuerte asumen el heroico desafío de caminarlo; caminos de herradura, donde algunos caminantes se proponían ahondarse en los atajos achicando trayectos con el afán estrepitoso de juntarse con su destino o aquellos que notan en la experiencia del andar lo trágico e ignominioso del avanzar paso a paso, a lomo de mula o caballo. Nacen también experiencias opuestas que, con el ánimo ávido de andar, se desviaban por los caminos largos volteándole la cara al camino rápido, con el fin de adormecer las ansias de caminar y gestar nuevas experiencias al caminarlos.

Así, pues, el caminar permite el reinterpretar hermenéuticamente los caminos que en algún momento fueron tan importantes y que, ahora, en algunas memorias, sólo queda el recuerdo de volver a andarlos sin afán, sin la cruel rutina de llegar pronto al encuentro vacío de trabajos innecesarios. Existen experiencias que se desvían en el tiempo y vuelven a ser caminadas por memorias diáfanas en su sentir. Estos viajes concurrirán en la descripción de lugares a los que, por medio de desvíos y cuentos expresados por nuestros sabios viejos, llegaremos con el ánimo dispuesto a escucharlos y escribirlos en unas cuantas hojas de papel. Relatar el aguacero que baña cándidamente los pueblos y las ramas de la placentera aldea universal; las estrellas centinelas, vigilantes y vigorosas, componiendo y retocando paisajes en el firmamento que, impecables en una noche a las horizontales de caminos curvos, recrean cuadros pintorescos de la vida en el camino.

Los viajes, el caminar, el disponerse sensible y místicamente para desprenderse del tiempo lineal, para re-andar con manos atacadas por la edad y preferir un silencio íntimo con los caminos viejos. Morir en cada viaje es lo preciso para crear y revivir los senderos por donde paseaban los que cortaban leña al filo de una chorrera o a vistas de un sabio volcán.

Para este viaje, bañado en relatos y charlas adornadas con guarapo, escritura y recuas, será preciso el desprendimiento del afán ciudadano y la cruel esperanza de una calle pavimentada; abandonar sin remordimiento el horario que, con su hastiante vaivén, se proclama dueño de la conciencia humana. En este sentido, lo real del espacio del camino no sólo se traduce en la significación, sino en poesía y, tal vez, en poesía perdida. El camino, como espacio

² Chaquiñan: del quichua (kichwa): “Chasqui*-nan”, (descriptivo), camino de a pie. Recuperado de: <http://www.trenandino.com/glosario-de-terminos2.php>

creado a partir de la conciencia, crea una especie de morada de recuerdos y experiencias en los pensamientos e imaginación de la gente.

Abordando imágenes del camino con la preocupación de no quebrantar la memoria ni la imaginación permite, a partir de estas dos, memoria e imaginación, crear una solidaridad profunda que conmueve y lleva a que el espacio poético del camino se convierta, a su vez, en nuestro espacio. Ante la lectura de un poema, cuando permite un movimiento agradable, se permite leer y volver a leer sin dificultad alguna, haciendo a ese poema parte de uno mismo.

Cuando se habla de caminos, se refiere a caminar como experiencia trágica, dolorosa y fértil con una profundidad insospechada, pues tratamos de hacer el camino como un espacio poético donde interviene el encuentro del espíritu con el alma. Entendiendo la primera como el sentir y la segunda el crear, se vierte en la acción más amplia que el ser puede tener, pues permite una experiencia íntima y recrea una aventura imaginaria de lo que ha pasado.

Tiene sentido escribir que, para andar en los caminos, con la memoria y lenguaje se pretende dar a luz una pintura u óleo revivido en el presente que permite inducir a la intimidad; por este motivo, es comprensible mencionar que, cuando se lee un camino, se escribe y se lo revive. Es, sin duda, la imagen de camino, la que nos promete el encuentro con algo o alguien; sin embargo, a esta imagen recae la acción fatigante del caminar como condicionante para el encuentro con lo desconocido, y es que el detonante de lo satisfactorio y el deseo culminado del encuentro o fin del camino entorpece, tal vez, la nueva acción del caminar y reencontrarse con el sonido y la atracción natural, y es que el camino es un músculo repleto de imágenes que recrean, en el sentir del hombre, sentimientos de reciprocidad, de aliado y enemigo.

El dirigirnos a un espacio asechado por la vegetación crea una sensibilidad de soledad, que permite una conversación con nuestra sombra. En ese andar solitario se construye un viaje al abandono infantil, abandono que, en algún momento, padecemos y quisimos; abandono que enorgullecía al otro imaginario, permitiendo crear nueva vida y compañeros de soledad.

El sentido casual o, tal vez, divino, tema que no ahondaremos en estos renglones, permitió la modificación de la relevancia que posee el camino y sendero para un agrupamiento de imágenes captadas en la memoria e imaginación. El encuentro con el lenguaje de autores que experimentaron el camino y protagonistas espectadores de la palabra que se mueven en la fluidez del conversar, espectadores que han unido sus sentires desde la historia con la realidad del presente, evocan la relevancia y la importancia que recae en el espíritu, creando una imperante creación y re-significación del camino. Así, pues, se empieza en un accionar que es el caminar como posibilidad de experiencia con el animoso suceso del encuentro con la evocación de sucesos que dan importancia al espacio poético del camino. Por eso, cuando se habla de re-significación del camino, existe una creación nueva y libre, sin remordimientos estacionados en una categoría simple y tenue de la razón.

De aquí, la nueva creación a partir de la imaginación, entendiéndola como la facultad de producción de imágenes, que se abren en la realidad del presente instruidas por el pasado o historia, elemento fundamental para dinamizar el lenguaje, y el sentir de la gente para el nacimiento de nuevos mundos andados con protagonistas que entretejen solidariamente relatos irreales desde lo real, tomando lo irreal como elemento seductor de lo real.

2

Y fue así, un día que volvíamos a hacer culto a una tradición de propaganda citadina y a esas calles pintadas con un leve tono grisáceo adoquinadas por el inquietante roce de codos contra codos y hombros contra hombros, cuando permitimos asomarnos un instante al cántico de una conciencia que murmuraba a nuestro oído un tenue verso de un gaucho que hacía una apología al camino. El ánimo, avivado por un retazo de una canción poema, se adhirió en el oportuno momento de agotamiento amurallado, provocando un deseo con el encuentro en las palabras que rondan en la periferia y que establecen matices con los paisajes primitivos, en el mejor sentido de la palabra. Era necesario firmar una orden casi de autoexilio; sin embargo, el comisario de la ciudad no permite tan alto grado de desobediencia a la propaganda citadina. Nuestras obligaciones querían atarnos por completo a un acatamiento del ruido bochornoso de calles y carreras que caracterizan a nuestra pequeña aldea; sin embargo, decidimos soslayar la mirada a las instituciones o esquivar, por momentos, las obligaciones que permiten un futuro “próspero”.

Con una desobediencia característica, empezamos a andar cuesta arriba pasando por barrios que cargan historias de biseles bermejos que inspiraron mundos de engrudo, papel y pintura para que dancen en fiestas de carnaval; más arriba y con muros de barro, murmuramos que seguíamos en un barrio con un aroma añejado, barrio que lleva el nombre del padre terrenal del hijo de Dios. Pasando por una calle ajetreada de vehículos nos asomamos a un sector que fue bautizado con el nombre de un campesino rebelde y con ánimo austero, todo este paseo para encontrarnos, más arriba, con un pequeño territorio impregnado de polvo, calles reales, caminos incaicos, musgos manchados por el pasear de recuas de caballos y camiones. Llegamos a la puerta de entrada, Obonuco. Desterrados en el parque principal, escarbamos en nuestros bolsillos unos cuantos pesos para cambiarlos por alguna bebida. Divisamos una tienda cerca, de apariencia sencilla. Al entrar en ese lugar privilegiado para morar y revivir los más grandes recuerdos, nos percatamos que estas casas están en nuestro sentir, como nuestro sentir está en esas casas. La reminiscencia hace juego con la experiencia del presente; una simple acción o necesidad corporal, nos llevó a un éxodo del ahora mismo, migrando hacia un estado casi anacrónico de nuestro andar. El tenue olor a madera vieja, combinado con frío, nos hizo encallar en un tiempo en que los barcos se hacían de papel y no de acero; tiempo en que las guerras se hacían entre primos lejanos que llegaban de visita; armas con leña y disparos llenos de saliva y risas; guerras que terminaban con una buena taza de café al finalizar el día sentados en el patio de la casa; tiempo de sol, pelea y olvido, tiempo sin tiempo. Después de ser atendidos, salimos de la casa; el ambiente y olor a tiempo viejo se fue desvaneciendo; era claro que nos estábamos alejando y empezábamos, de nuevo, a hacer parte del paisaje de Obonuco.

Recordando la canción que resonaba en un supuesto principio, canción que enorgullecía el alma indomable del indio que venía de lejanas tierras para narrar algo, permitimos interrogarnos sobre lo lejos y cerca, empezamos a leer las casas, montañas y caminos, y es que inevitablemente, cuando empezamos a leer los caminos, fue indudable detenernos en leer el caminar; queríamos saber toda la escritura plasmada en la intimidad que danza en torno al camino. Tras andar y andar, sentimos las nubecillas rutilas por el sol y, como un

golpe de viento a una puerta sin seguro, nos dimos cuenta que los caminos serán las tarimas y el tiempo el telón de infinitas puestas en escena, que llamamos historia. Así, pues, los caminos tendrán la importancia de, en el buen sentido de la palabra, la homogenización y el criollismo de culturas distantes.

Arrojados en el parque principal de este poblado, asegurábamos no poder realizar una lectura sin la esperanza de algunos guías que nos permitan releer un polvoriento asunto; fue cuando, por intuición casi infantil, decidimos poner el ojo en algo; no sabíamos qué estábamos mirando. A fin de este casi vergonzoso acto de observar, y decimos vergonzoso, pues la mirada tímida no dejaba ver el panorama altivo que debía observarse, encausamos nuestros ojos en una casa de cemento, un poco antagónica a la primera morada a que habíamos llegado; sin embargo, al dirigirnos a esa casa, aparente casa, nos encontramos, casi que de choque, con un señor que decía ser el Secretario del Corregidor de este pequeño poblado.

Decidimos hablar con ese desconocido señor de apariencia amable; con manos frías saludó y nos permitió ser parte de la casa; por cierto, esa casa era fachada de unas pequeñas oficinas adornadas por armarios llenos de, tal vez, papelería propicia que engalana archivos y carpetas del poblado. Pasando ya el umbral descriptivo del lugar, decidimos hacer parte de un momento en que el lenguaje se explaya en el vacío del afuera. Aquel señor, con apellido Santander³, revolotea en años en que este poblado era el “paso obligado que debía de tomarse para ir al sur y entrar a Ecuador”⁴.

En un principio, éramos nosotros los que intentábamos llevar la cuenta del tiempo, ignorando, tal vez, la inoportuna fama de penetrar en las historias; sin embargo, el entusiasmo de cohesionarnos en la palabra permitió ser nada más que personajes visibles de una historia o relato que adornaba el tiempo del encuentro. Las manecillas de nuestros relojes detenían su marcha queriendo escuchar la conversación en que nos encontrábamos. Continuamos conversando y, de repente, un aire helado traspasa el umbral y, tal vez, era la visita de algún inquilino de las oficinas; al momento en que pasó ese suceso, nos encontrábamos caminando con Belalcázar que, de la mano con indígenas al servicio español⁵, se propusieron hacer una visita permanente, pasando por ríos con nombres indecisos, merodeando estas entradas; Incas con espíritu errante y, a la vez dominante, asoman, junto con su sol, las primeras pisadas en territorios habitados por la luna.

En un juego de respiración, intentamos no hacer tan obvia la sospecha que teníamos de la importante lectura de los caminos, y es que empezamos a entender que ellos aletean en la trascendencia del caminar y promulgan la agonía y la fatiga al ser parte de él. Terminó el viaje haciéndonos unas leves recomendaciones y propaganda al advertirnos un encuentro con la palabra de varios personajes que viven en este poblado, amigos o conocidos de don Santander. Respetando la sugerencia, dirigimos nuestro andar a la estrepitosa soledad de la

³ Don Luis Santander, Secretario del Corregidor de Obonuco.

⁴ RODRÍGUEZ GUERRERO, Ignacio. *Geografía económica de Nariño*. Tomo IV. Pasto: Sur Colombiano, 1961, p. 10.

⁵ BASTIDAS URRESTY, Julián. *Historia Urbana de Pasto*. Bogotá. Ediciones Testimonio, 2000, p. 31.

plaza. Ahí, nos aguardaba una iglesia cerrada, pero un ruido que prácticamente habíamos olvidado nos ataca sin medida ni sigilo. Concentrando nuestro sentido en ese retumbar sonoro, caminamos en nuestra memoria y dimos cuenta que era el sonido de un bus ciudadano. Habíamos creído haber olvidado todo vestigio de la ciudad opacada por la brisa de la rutina, pues caminar alrededor del siglo XVI con Belalcázar y toparse de un momento a otro y sin aviso con una esquirla de ciudad crea una ruptura y un ceño fruncido en nuestro sentir.

*
* *
*

Alzando hojas de bitácoras miméticas, alcanzamos a lograr una cuasi claridad de la necesaria importancia de leer el camino y sus protagonistas que se juntaron con él, personajes que hicieron fama de cargar en la lengua un diálogo del deber y del abandono. Entre estos viajeros, un León merodea estos caminos con la Biblia en la boca, erigiendo cruces en las lenguas de los hijos de la tierra, haciendo parte del escenario u obra teatral del andar, y es que anda el camino con ánimo templado, afirmando que el Dios a quien él ora no justifica el diálogo con demonios; de ninguna forma aceptaría tal blasfemia; por eso este felino se zarandea en los caminos de estas tierras tan olvidadas por la cruz.

En estos aires arremolinados en el espacio caótico, decidimos revolotear en las agónicas travesías que perpetuaban heroicos caminantes que, pasando por caminos dilatados y climas incansables de su inconstancia, formaban un entretejido permanente en el deseo del actor andante. Letras dolorosas atavían hojas recubiertas con polvo enumeradas por una secuencia ordenada; pastas de libros selladas con cerradura de alguna indiferencia encajan en un anaquel bibliotecario esperando ser abierto. Un rasgo de necesidad provocó la minuciosa lectura de textos que exhumaban valerosas travesías por caminos que embaldosaban osamentas de fuertes cuadrúpedos.

El tiempo embalsamado con el minucioso orden literario nos acerca hacia algún importante escenario histórico donde el día y la noche se materializan en unas cuantas hojas, permitiéndonos sentir el viento que balbuceaba en los sentires de los que escribieron esos manuscritos. Tras una ventana, en algún lugar lejos de don Santander, asumíamos una postura teórica de la significancia del camino; tal vez recaíamos en la importancia de él desde la lectura; asumíamos una postura casi trágica, casi muerta, casi nada; asumíamos el camino desde las letras, desde el ensueño, desde la imaginación prolífica de personajes que llevaban en el estandarte una orden franciscana, jesuita, mercedaria, en fin.

Ya no sabíamos dónde estábamos; pretendíamos la realidad descrita en la fragancia de las letras y asumir lo verosímil de una experiencia sentados en una silla; estábamos en una trágica y pausada experiencia; las huellas del secretario estaban ahondando en nuestra efímera praxis que, en principio, era eso, una fugaz y delicada experiencia. Sin embargo, nuestra condición reincidía en la clara y, en parte, agónica potestad de entender algo que era necesariamente experiencial. Dejamos de temer nuestro actuar, dejamos de llorar y acompañamos el día con la sospechosa lectura; se dice sospechosa si nos inclinamos por alguna interpretación equívoca.

No nos lleva demasiado tiempo volver a caminar en los pasillos de algún texto que nos sumergen con algún fray que anduvo por estos lares; lo mirábamos jadeando, tal vez, por alguna travesía o jornada de tres largos días para llegar y enfrentarse cara a cara con el Guáitara. Bruscamente contagiado por el jolgorio, se lee un conglomerado grupo de gentes que se estrechan en la plaza, los ojos del fray guían nuestro andar y se produce un bullicio, pues el entablado de unas fiestas recrea comedias y erige un castillo frágil, contrario al que se conoce en Europa, un castillo que no defiende del fuego, porque ese castillo es fuego⁶.

Con encogimiento de hombros, menguamos la excitación que provoca andar por caminos y letras, observar con experiencia casi fraudulenta la necesaria acción del caminar; nos apoderamos de un valor inconsolable y perpetuamos, de nuevo, un asesinato a la realidad del presente, que no nos enorgullecía por el momento. Alejándonos por instantes de nuestro presente, paseábamos por consonantes mezcladas con vocales, haciendo una danza de apoyo en un llevar y traer de la experiencia del que escribe, convirtiéndonos en vecinos del festejo de las frecuentes celebraciones y bailes embriagados con aguardiente y pólvora. Un movimiento afable se observa en la estrepitosa caminata por caminos que conducen a la plaza mayor de la ciudad, un anisado aroma acicala la retina y, desde un estancamiento de las calles ebrias, se alza un comentario desde lejos, un comentario que, dándonos cuenta, ya no emana del libro; un sonido impreciso y desordenado, como el sonido de una vajilla dirigiéndose ferozmente hacia el suelo; un sonido, un recuerdo en la silla de una oficina; el tono de la voz se nos hacía familiar, nos murmuraba “no hay que olvidar que el camino trajo la religión, la religión la fiesta y la fiesta el aguardiente; a esto, y por discusiones de orden Real, surgió una represión del licor provocando una fuerte pelea a sangre entre un señor Peredo y un indio Naspirán”. Desapareció el sonido en un leve cambiar de hoja; fue como si la voz, estrepitosa y sigilosa, descansara en esa hoja de papel. Era casi evidente el hedor a sometimiento de una casta proveniente de la sangre de Jafet, hijo bendito, hacia los hijos de Cam. La algarabía del indio se convertía en el grito ahogado del cerrojo español y el fastidio incestuoso doctrinario y hegemónico de apellidos que no permiten hacia ellos la ignominia.

Tuvimos que cerrar la puerta roja por un momento y recogimos la búsqueda de protagonistas que intentan hablarnos, pero, tal vez, por imprecisión o descuido, no logramos adecuar nuestro oído a ese grito que seguramente se levanta en algún otro texto. La novedad del encuentro con figuras dignas de ser revividas en un pequeño renglón, párrafo o libro, nos encierran, con el mejor placer, en una paradoja temporal; la novedad de lo antiguo se presenta en nuestro andar. Alzábamos la cabeza para tomar aire y el trasegar de sombras merodeaban el pasillo donde nos encontrábamos caminando en la quietud de un escritorio, pasarela de modernos automóviles desfilaban por ahí y el sonido de un ¡beep, beep! lo percatábamos a una cierta distancia.

El perceptible olor de hojas de antaño nos obliga a merodear tranquilamente por distintos mundos de diferentes autores, a posar el ojo en contextos que se enjaularon en fechas precisas; las letras dejaban de mirar al techo e hicieron un baile de nuevo con nuestra

⁶ SANTA GERTRUDIS, Juan de. *Maravillas de la naturaleza*. Tomo III. Bogotá, Colombia: Biblioteca Banco Popular, 1970, p. 73.

inquieta imaginación. La pivotante insurrección del indio y el jefe se apaciguó en, al parecer, una alianza sincretista. Después de esto, el Dios de la cruz tomaba chicha con el padre sol mientras gritaban cánticos a la Pachamama. Los indígenas, a gusto con los católicos, celebran ya las fiestas de San Juan con chicha en un día y vino de consagrar el otro día.



Figura 2. Indios cristianos casados.

Fuente: *Manual de Historia de Pasto*, 2000. p. 141.

*
* *

El síntoma de la noche se observaba en el arrebol que empezaba a germinar en unas cuantas letras; sin darnos cuenta, nos dejamos ir absorbidos por las imágenes que adquirirían tonos místicos, imágenes que acordaban pertenecer a una cosmogonía precisa de movimiento sacro y perfecto; una imagen que protegía el agotado camino; una piedra que emana respeto y reverencia, pues un rumano asegura que una cosa se transforma en otra sin dejar de ser la misma.

Nos permitimos, otra vez, retomar unos textos que gozábamos con placer haber leído unos cuantos días, horas, minutos o eones atrás; no importaba el tiempo, pues había desgajado ese libro un regocijo de una experiencia no vivida. Inmersos en escenarios casi distintos a lo que se había sentido, empezamos a escuchar esa voz que en algún momento se oía, pero, tal vez por imprecisión o descuido, no habíamos logrado adecuar nuestro oído a ese grito que seguramente se levantaba en otro texto, pues, por fin, leíamos su grito; encontramos esa voz en un libro que, en comparación con los demás, era casi perfecto, con sus hojas de tono blanco, delgadas, y tinta que hacía juego con su portada.

En apariencia inmóviles en el escritorio del mismo lugar, donde se escuchaba el ¡beep, beep! y con estantes llenos de mundos, nos adentramos en un laberinto guiado por ese grito fuerte que resonaba en las demás líneas; se percibía cada vez más al desnudar hoja por hoja; el ruido se hacía más intenso, pero ya no era una voz; era, más bien, el galopar de unas cuantas recuas de caballo que paseaban orondas por un caminito viejo, caminito que nuestra raza vieja, como lo diría Yupanqui, recorrían con afanes de transportar algo, pues se cree saber que los pastos, en su estructura político administrativa, tenían un grupo de mercaderes, agentes políticos, que se llamaban los mindalaes, encargados de hacer las relaciones de intercambio en las zonas. Hacia el sur, se llevaban los alimentos y del sur hacia el norte se traían objetos suntuarios. De aquí del sur se llevaba maíz, ají, hoja de coca, pues la producción de alimentos en este territorio es todo el tiempo, mientras que en las zonas de los Andes centrales la producción de alimentos no es siempre, no es fácil y depende mucho de los tipos de clima que lleguen a tener; tendrán abundancia o escasez, entonces ellos venían, tanto centro y norte de Ecuador, como el sur de Colombia. Venían por alimentos y generaban procesos de intercambio. Se siente un incómodo polvo que emana de esos movimientos ágiles y furtivos, caballos y mulas resquebrajaban el ya agotado camino que cubre de polvo las flores y las cruces que, en honor a algún pariente o amigo, erigen con el nombre y su fecha de fallecimiento, vista casi tétrica que se observa a lo largo de esos caminos.

Sacudiéndonos el polvo de aquel encuentro, salimos sin afán de ese panorama de compra y venta de artilugios llenos de suspiros que se subastaban al mejor postor. Fue cuando se comprendió que, a un movimiento leve, debíamos acercarnos a las intenciones de seguir en la leve brisa del libro. El permanecer atraído a una amistad con el camino, con lo que pasa en él y por él, nos ata, casi sin querer, en un compadrazgo, segregando las ansias de volver a jugar, a montar ese sendero, en apariencia, quieto, inmóvil, muerto. Sin embargo, es como

si el camino, ayudado por la cohesión de unas letras ceñidas en un párrafo, nos permitiera correr y saborear las nubes y sentir los pasos que se juntan en esa experiencia paradójica.

Se vuelve difícil la lectura del texto, no por el complejo argumento de los párrafos, ni por manifestaciones que requieren una estricta sapiencia de lógica, sino por la profunda dificultad que exige caminar en esas líneas que recrean la pintura del camino, delimitado en abismos que se hacen tétricos en épocas cuando las lluvias y el clima despiadado los golpean⁷. Se vuelve difícil caminar por esos chaquiñanes y caminos reales⁸; los valientes los andaban; así mismo, exige una acción casi heroica al pasear por la cornisa de las letras y el lenguaje que entonan una escritura y lectura complicada. En ese mundo en que posábamos nuestra vista, caminábamos ya por una celosa aldea que voltea su rostro; era la ciudad caprichosa, algo tímida y, a la vez, altiva; se leía que creció tras unas murallas recostadas en su periferia, murallas que alejaban o filtraban el desarrollo mercantil; una dama que, en cierta parte, se alejaba de seductores comerciales que anhelaban verla próspera y bien vestida. Sin embargo, la aldea, o dama, no dejaba de usar vestimentas de ella, mirando desdeñosamente el desarrollo y sus secuaces.

Nuevamente era necesario izar en alto la mirada y tomar un respiro profundo, salir por un momento de esa jadeante travesía subidos tal vez en las espaldas de los cargueros, y es que, sin darnos cuenta, habíamos estado subidos en ellos, paseándonos por cornisas de abismos infinitos al lomo de los “hombres mula” que pasean a personas de un lugar a otro. Nos permitimos bajar por un momento de sus espaldas, despedirnos en instante de los cargueros y con la mano en alto, moviéndola de un lado a otro, se despiden ellos también.

⁷ ORTIZ, Sergio Elías. *Agustín Agualongo y su tiempo*. Bogotá: Banco Popular, 1974, p. 30.

⁸ Se crearon los caminos reales, o caminos del Rey, para estriar el espacio, delimitar una trayectoria fija que sirva de control y dominio cultural. Así, se creó uno de los caminos, que pertenecen a los caminos reales, situado en el territorio de Obonuco. Uno de los caminos que el Estado español estrió con el fin de delimitar el territorio para manejar la geografía y desarrollar estrategias políticas.



Figura 3. Cargueros transportando gente.

Fuente: *Caminos Reales de Colombia*, p. 34.

Dejando por un momento a los cargueros en una pequeña página doblada en la esquina -o, visto de otra forma, ellos nos abandonan en una página doblada en su esquina-, tomamos instrucciones precisas de alejarnos del lugar donde habíamos escuchado el ¡beep, beep! Encontrándonos con el ruido característico de la modernidad, la diferencia es enorme; se huele el ruido y se mira el hedor, pero, en toda esa situación apocalíptica, un joven alquila su boca a un saxofón que nutre el paseo de nuestro destino con el descanso, buen acorde para este crítico momento.

No nos lleva demasiado tiempo volver a encontrarnos con esa página doblada, el mismo sonido característico y los cargueros esperándonos para transportarnos por los caminos de la ciudad rebelde, estábamos espalda con espalda con la de ellos, y empezamos con ansias desbordantes a pasear por los caminos reales. Se observa que los caminos son dificultosos para caminarlos y que el desarrollo de reciprocidad entre diferentes territorios es casi imposible; los cargueros nos ayudan a descifrar el contexto y nos llevan a entender una economía sujeta al esfuerzo. Se entiende que el camino será proporcional al “valor de cambio” de algún alimento. El camino altera el valor del producto o cualquier mercancía intercambiable. Será por el efecto del esfuerzo que se añade al camino.

La adecuación y el buen estado del camino, asociado a un territorio, favorece en gran medida el avance en su desarrollo, porque son caminos activos que permiten una serie de “facilidades” para la cotidianidad del hombre y por ello sigue existiendo y mejoran, pues

sus buenas condiciones, posibilitan que se lleve a una buena intercomunicación que beneficia en gran medida el comercio. La intencionalidad del hombre, al crear el camino, no es nada más que eso, una buena intercomunicación de lugares cercanos o lejanos.

Asegurábamos que esa decodificación o desciframiento a lomo del carguero no fue inútil y ayudó a juntar un amontonamiento de sentires de los parientes del camino. Rendidos y extraviados, los cargueros empiezan a desvanecer y nuestras piernas empiezan a tocar el camino y una leve fumarola queda de ellos.

Camino de “libertad”

Abandonaron nuestros ojos los caminos textos y, levantando nuestra vista al frente, observamos que el sol reflejaba sobre las casas que rodean la plaza, colores del ocaso; lugar donde una vez al año fluyen imponentes creaciones que dan paso a la fiesta y la celebración de un desfile magno. Una que otra mensajera emplumada va y viene. El afuera nos permitía observar la otra realidad; ese tic tac de la existencia que marchaba con fluidez atado en nuestras muñecas. Las montañas y el cielo contrastaban con el asfalto y con los faros que se elevaban a lo largo de aquel lugar. El repicar de campanas de una iglesia que convocaba a los creyentes a un encuentro con su fe nos detenía a pensar en el contraste que existe entre el cielo y la casa de Dios, contraste que divisábamos tras un cristal. Toda esa fluidez de la existencia allá afuera la observábamos cuando las letras no estaban frente a nuestras pupilas y, entre todos los mundos en que podíamos sumergirnos, encontramos uno en especial que captaría nuestro deseo de escudriñarlo, pues en él encontramos lo que ha regido a la humanidad durante siglos, el deseo de dominio y de poder⁹; guiados de la mano de las letras que trazan las hojas, nos llevaba a encontrarnos con lo victorioso y trágico de la guerra, donde el valor y lo heroico, como en los tiempos de Aquiles, se observaban por los dioses.

Los textos nos llevaban a los caminos donde se escuchaba nítidamente el galopar que llevaban en sus lomos grandes partícipes de una revolución agónica, portando escudo, armas y un deseo de conquista, que se encontraría más adelante con un constante deseo de rebeldía. Nuestra vista, postrada en las letras, observa con una excitante angustia una organización de gritos y banderas que se hondean en las calles de la ciudad tímida y altiva, una ciudad que se negaba a vivir bajo dominios¹⁰. Esa ciudad, antes tímida, se viste con la

⁹ Fue importante la construcción de un imaginario social donde el pensamiento ilustrado jugaba un papel fundamental al momento de dirigir la sociedad. Después de establecer una taxonomía social, al establecer que la pureza de la sangre determinaba un estrato social prestigioso, sería posible crear un status en una cultura arraigada a principios ilustrados, donde el indígena y mulato y otras formas de mezclas de sangre estaban por debajo del criollo.

¹⁰ De cierto modo, la ideología de una independencia se basaba en un desprendimiento de todo vestigio español en el territorio de la Nueva Granada. Debido a que en el territorio de Pasto se encarnaba una serie de clases sociales y familias españolas, la independencia de Simón Bolívar se tornó como obstáculo, produciendo así un derramamiento de sangre. Debido a ese imaginario social de las elites criollas, se crea una ideología de respeto a la corona y a Dios; en esto, se crea un arraigo al Estado occidental y, de este modo, se obstaculiza la ideología independentista de Simón Bolívar. Por este sentido, algunos indígenas miran a este militar con ojos de horror, como lo muestra don Jairo Gomajoa, que nos dice que Simón Bolívar vino acá y

valentía insurgente y rebelde. Movidos por unas cuantas hojas intranquilas, nos tomó varios segundos llenarnos de valor para empezar a caminarlos; las letras de ese mundo se convertían en tono rojo, el paisaje ya no conocía la paz y sólo existen tumultos de espartanos, con ruana y sombrero, proclamando a viva voz el nombre del rey. La primera vez que nos topamos con esa época resentida, que anduvimos con bermejas letras, empezamos a tejer un sentimiento extraño de melancolía y orgullo.

Lo pensamos bien, cerramos y abandonamos molestos el itinerario bélico que mostraba ese trágico grito embadurnado de heridas, y nos despedimos por un instante de aquellos rebeldes. Fue tanto el afán de retirarnos que se nos olvidó recoger el lápiz que se había quedado, tal vez, en los bolsillos de algún personaje de esa trágica escena. Ese abandono no fue por cobardía; era una necesidad de encontrarnos con la palabra de un amante de la salsa y el tiempo. Sin merodear el asunto, el encuentro debía permitirse, pues para empezar a vivir una lectura guerrera debíamos conocer muy bien las causas. Llegando a un acuerdo casi unilateral, nos íbamos encontrando con el salsero rodeado del tiempo. Él¹¹ se encontraba en el segundo piso de un casino, en el centro de la ciudad. Como era de suponer, debíamos ser anunciados primero. Al final de ese protocolo, subimos, hasta donde, recostado en un fino sillón, nos saluda con una cordialidad semejante a la de un buen vecino.

El protocolo de la presentación y el discurso repetido de la cordialidad junto con el intercambio de nombres y de vidas refrenó un poco el avasallador entusiasmo con que íbamos a indagar; eso era, solo íbamos a preguntar y conocer el derramamiento de sangre real y patriota; esa intención preguntona e infantil mutó en una charla amena. Él, con memoria diáfana, nos empezó a contar historias, tal vez un poco contrarias a las que conocíamos; empezó a sentarnos en fechas exactas de un siglo diecinueve. Engalanaba el hablar con su memoria y nos contaba las historias que él había investigado. Nuestra mirada, un poco inquietante, lo animó a introducirnos en un cuarto anacrónico, un cuarto al que era necesario entrar con una especie de pañuelo para tapar la nariz y boca, pues el tiempo pasado provocaba estornudo.

acabó con las comunidades indígenas, violando a nuestras mujeres, vino a matar; por eso, aquí se tiene la Navidad negra, que le dicen.

¹¹ Isidoro Medina Patiño, historiador de San Juan de Pasto.



Figura 4. Estatua del Gral. Antonio Nariño en el Centro de la ciudad de Pasto.

En ese encuentro provocado, tiempo invertido con la palabra y la memoria, nos trasladó a lugares poco agradables y circunstancias de machetes y pólvora. Asumiendo la postura de un crítico historiador que vivía arriba de un casino, nos reflejaba la angustiada memoria que poseen los pastusos, y pueda que entremos también en ese desencantado tono de ansiedad, pues argüía con gran rencor y desdén que la estatua del general, situada en el parque de esta ciudad, no debería estar allí; asumía la postura crítica de fomentar una iniciativa rebelde e ingenua, pues un doctor Santacruz, personaje reconocido en la historia independentista, hizo más que aquella estatua ensuciada con desechos de palomas. Nos regala unos cuantos sentires y nos dice que, después de la época de colonización, surgieron distintas sediciones que desembocaron en guerras, guerrillas y grupos en contra de políticas ajenas a las del pueblo pastuso. Aferrados e impulsados por el ánimo fiel a la corona española, provocan en sí una actitud terca a propuestas patriotas, que promulgan el general Antonio Nariño, Bolívar y demás partidarios de una emancipación europea.

Así, el pueblo pastuso, empujado por el anhelo de permanecer fiel al rey, se opone con ferocidad a la independencia que tanto anhelan los libertarios; consecuencia de esto, se forja el pueblo como ejército bravo guiado por los caminos y senderos que tanto conocía. La geografía¹² de la ciudad sirve como escenario y, en gran medida, como estrategia para

¹² La geografía conformaba la pieza clave, para el pensamiento occidental, como proceso fundamental para dominar el nuevo mundo.

alcanzar, en ciertos momentos, victorias y trágicas derrotas. El conocimiento adecuado de caminos, senderos y atajos, será una carta a favor para derrotar al enemigo y una estrategia bastante acertada para tomar decisiones al desplazarse correctamente en su asecho, pues la ciudad se opone a toda idea de independencia. Emprendíamos una maniobra desde el lenguaje de aquel sujeto que camina en el encuentro casual de citas con los caminos y senderos. Desde la palabra, nos presenta a personajes como Agualongo, Bolívar y Nariño, entre otros igual de reconocidos. Como un recorrido delimitado y detallado con nombres de caminos indígenas, nos obliga a caminar en una guerra fatídica; y ¿qué guerra no es cruel y despiadada? Nos encamina a entender los gritos realistas y patriotas que se enmarcan, como una especie de cuadro adornando una sala, y el principio de resultados que dejó ese encuentro con las libertades. En algún texto leíamos que jamás habrá libertad si hay libertadores.

Encontrándonos de nuevo con los mundos de unas cuantas hojas que empiezan apoyadas en el tono cobrizo, encontramos una andanza de protagonistas con sombreros y machetes gritando el nombre de Fernando, y otros, liderados por una ideología polémica, que sin duda poseen causas históricas y libertarias, creaban un choque que se filtraba en los riachuelos y canales que paseaban por esta ciudad. Los realistas, guiados por su espíritu indómito a las imposiciones de conquista, limitan los deseos de independencia de los libertadores, obstaculizando la campaña del sur. Los bravos indígenas custodian día y noche la periferia del valle, pues tienen conocimiento de su geografía mejor que cualquier forastero. Así, nuestra mirada divisaba las montañas que dispersaban reflejos verdes; los ríos inverosímiles y los senderos peñascosos que hacían contraste con la majestuosa naturaleza, se convertirían en una trampa para el trayecto de las cabalgatas patriotas y, a la vez, aliados para los oriundos de estas tierras que, con su valor, aclamaban y defendían lealtad al soberano.

Oímos respirar y toser los rumores que se paseaban por las calles de la ciudad, una ciudad custodiada por la naturaleza de dos ríos¹³, cada uno situado estratégicamente en el norte y en el sur, ríos que entorpecían el andar orondo de libertadores que anhelaban ver a Pasto de rodillas. Hay demasiado ruido y los caminos son realistas. Se entorpece la entrada a intrusos del sur, pero al norte empiezan a flanquear el río.

La casa se pone a media luz y los dueños se desvelan, los que duermen en la sala, están atentos al ruido del norte. Los ruidos se hacen más fuertes, la cabalgata no deja dormir. Los patriotas han pasado el primer cerrojo hecho puente y el descanso de los guerreros principiantes ya es un desconocido. Ya no se oía nada, ¡han tomado esta casa!, dijo un valiente realista. Al norte del parque principal, o al norte de la sala, se postra con su ejército un viejo traductor de los derechos de la especie humana. Un chirriar de dientes se escucha mientras tropas lideradas por un señor de apariencia amable bajan por Aranda. No es sospecha la trágica escena que desembocó en una victoria real. El enfrentamiento provoca una irritante sonrisa de orgullo y gallardía; han capturado al que forzó la cerradura de la puerta del norte. Se lo ve al libertario desgastado y humillado. Vino por buen pan y salió exiliado en procesión cuesta arriba por el camino que ahora tiene el nombre rebelde y,

¹³ BASTIDAS URRESTY, *Op. cit.*, p. 116.

llegando a “la puerta de entrada y salida”, es despedido con respeto y nobleza para que continúe su exilio hacia el país del sur.



Figura 5. Camino por donde salió Antonio Nariño, exiliado a Quito.

Se siente una paz incómoda, aires de guerra merodean de nuevo el espacio del sur de la Nueva Granada, la paz da inútiles vueltas, las miradas altivas pasan lentas; no se puede resistir el deseo de volver a gritar y ondear banderas de intranquilidad. El enojo vuelve a empezar a gestarse en los ánimos de la cotidianidad, vuelven a ponerse al día con sus danzas de guerras y victorias, pues otro libertador, de patillas largas y anchas, asoma sus narices a este lugar bañado por caminos rocosos y abismos tétricos.

Empezaba a gestarse un necesario y trágico encuentro; era de esperarse, pues este espacio carecía de esa libertad que proclamaban los caminos de la Nueva Granada. Habría que tomar medidas desconfiadas de los extraños; una poesía de independencia contradice al espíritu revoltoso y religioso. A lo lejos viene pisoteando el camino un sujeto montado en las alas de un palomo; junto a él, ejércitos emancipatorios. Caminos realistas empiezan a llegar al encuentro. El ambiente decembrino será excusa para que caminos y canales se tiñan de rojo inocente.

*
* * *

Las mangas de nuestros suéteres goteaban unas pequeñas huellas de pólvora y sangre, dejamos esa guerra en un recodo del camino para que vuelva a su lugar. El sol empezaba a descansar en las tejas de las casas de tapia, los tonos azulosos del cielo se hacían uno con las montañas que abrazaban la ciudad; después de haber viajado en una quietud, de la mano de letras y palabras que recorrían el tiempo, el tono sepia y el olor

indescriptible de un buen ejemplar, nos llegaba el deseo de alejarnos del trajín de la existencia citadina. Vuelve la imperante necesidad de caminar y recorrer los caminos que habían sido escenarios de diversos acontecimientos que se convertirían en inmortales a ojos de la historia; nos llegó este pensamiento como un deseo de viaje, que en cierta medida nos liberaría de los confines de las murallas de nuevo, a la vez que mirábamos a las palomas bailar como notas musicales en un pentagrama.

Surge de nuevo la necesidad de encontrarnos con el pensamiento del afuera, donde el lenguaje hablado permitirá un acercamiento con el sentir y pensar de cada uno de ellos.

3



Figura 6. Huellas y memoria.

Existe un momento, un instante que se vuelca en nuestro cotidiano andar, un momento que resuena en nuestro espíritu y obliga a crear una excomuni3n, mezclada con polvo, del orden artificial. All3, andando con la memoria de don Luis Santander, en una silla deliberantemente inc3moda, nos parapetamos en la intimidad de unos escritorios y en la estrecha habitaci3n de unos cuantos metros cuadrados; entramos casi en un espacio atemporal, donde el presente y el pasado cohesionaron una m3tica relaci3n rec3proca, dej3ndonos penetrar en los sentires de habitantes que, con el esp3ritu noble, sirvieron de acompa1antes a un “enemigo”. Surgen as3 caminos que, con aroma a historia y memoria, se materializan en recuerdos y sentires de, en su mayor3a, ancianos que, charlando, vuelven a desempolvar remembranzas importantes y sucesos que empapan, al mejor estilo de un teatro, los caminos, sus caminantes y sus espectadores. La memoria nos permite caminar en la tierra fatigosa y envejecida por la secuencia imperdonable de la edad.

En ese inconsolable zarandeo del ahora y la memoria, empieza el espacio a comprometerse en un caos, encontr3ndose el sentimiento que inunda el sentir de don Luis; es, tal vez, un sentimiento c3ldido de adue1amiento de su entorno, pues la intensa palabra que posee, al reafirmar que en este territorio llamado Obonuco lleg3 a ser, en alg3n momento, la plaza de la Constituci3n, muestra la intensa reciprocidad que mantiene el vivir de don Luis con su tierra. Se siente que no es su boca la que pronuncia la palabra, susurra con la c3ndida huella que penetra en su sentir y nos dice que era punto de concentraci3n de los viajeros: “es m3s, que por estos lados de Colombia era el paso obligado para salir o entrar al pa3s”. Su hablar, reafirmado en un “libro verde”, acent3a la confianza de argumentar lo mencionado y nos

cita este libro por la necesidad de crear en nosotros la firmeza que posee don Luis al momento de asegurar lo que había hablado. Nos dice que ese “libro verde” se encuentra en Quito.



Figura 7. Camino Real.

El camino se convierte, así, como en la poesía, en parte de uno mismo; empezamos a sentirlo, vivirlo y caminarlo. Es preciso participar de la ilusión que ofrece la memoria e instituir en nosotros el orgullo de leer el camino y crear, a partir de esa lectura, una puesta en escena de sucesos que hacen parte de la historia y el sentir que ocurre en el camino, pero esa primera lectura, que nos envuelve en un episodio nuevo, deberá ser releída, pues, la primera, crea un primer esbozo y un empujón para la segunda lectura; así, como todo buen libro, el camino debe ser releído, vivir en el camino de la imaginación y de la memoria que evoca el sentir de don Luis. Por eso, empezamos a transitar en caminos de guerreros del sur con aroma incaico que asomaron sus narices por estos valles fértiles con climas variables, llenos de guaicos y volcanes, vigías que con celo cuidan a quien los respeta, guerreros con una lengua distorsionada al oído Pasto o Quillacinga. Es como la intemperie del camino y el goce de quien lo anda, intenta trastocar espacios distintos, convirtieron las montañas y senderos efímeros en vías de acceso de comunicación.

Admirados, por el sentimiento del camino que embarga a don Luis, nos permite navegar en similitudes de distintas regiones y, aunque suena paradójico hablar de similitud desde lo distinto, nos habla que la cultura de Ecuador y Perú tienen algo similar con los de Pasto; con el Sur de Nariño, mejor dicho; “de ahí pa’ l norte ya se pierde un poco el rasgo característico con los del sur”. Decidimos pausar en esta cuestión, pues nos intrigaba intentar entender un poco este argumento que nos argüía don Luis. Queríamos saber del por qué o cuál era la característica que acercaba, en cuanto cultura, con los de Perú y Ecuador. “Ya les voy a decir del por qué”, nos dijo. “Desde la entonación, hasta un poco las tradiciones religiosas y rasgos físicos; si nos detenemos a escuchar el acento de la gente del

norte, el acento va a cambiar; por ejemplo, La Unión y sus rasgos difieren un poco con los que somos del sur”, argumenta. La palabra de don Luis se reafirma al momento de diferenciarnos con los de San Pablo, pues ese pueblo y su gente se entrelazan mejor con los del norte. Después de una intensa diferenciación y similitud de culturas y pueblos, intentamos hacer germinar una conclusión. Esta conclusión se pronuncia desde el sentir de don Luis y desarrolla una idea que, por lo visto, desde la seguridad con la que habla, ha venido estudiando esto, pues la conclusión no creemos que haya sido una espontaneidad, sino un estudio que ha recorrido tiempo atrás y nos dice: “el imperio Inca, debido a su deseo de expandirse, llegó a estas tierras, hasta aquí estaba llegando la civilización Incaica”, y con un movimiento corporal brusco afirma que los españoles cortaron todo entrelazamiento entre pueblos del territorio del Sur de Nariño y con los del pueblo Inca.

*
* *

Mientras escuchábamos con interés los relatos de don Luis Santander, ocurrió un hecho extraño: comenzamos a sentir que nos alejábamos por completo de la oficina donde estábamos, y su rostro, lleno de cortesía, se desdibujaba en sus palabras. Al observar la silueta de don Luis a contra luz, coincidimos en su semejanza con una figura bípeda que emitía mensajes en clave, que debíamos resolver.

Sus palabras cobraban vida propia, mientras mirábamos los pájaros danzar entre los rayos del sol desde el marco de la ventana. Caminábamos con la convicción de pensar en la existencia. Las palabras del hombre nos transportaban a un tiempo específico, el de las Guaguas de Pan; panes de harina moldeados en forma de niño o bebé; entonces, paseamos por una tradición que dice venir del territorio de la montaña de los siete colores y de un lugar majestuoso donde yace la isla del sol, cuna de los dioses. Al instante, nos hacíamos figuras en nuestra imaginación de una montaña donde reposaban los más vivos colores, una montaña similar a un arco iris y, a la vez, mirar la isla del sol sobre un colosal lago; en ese instante, nuestras mentes volaron a esos dos lugares. Para nosotros, se convertía en una ilusión inefable pretender encontrarnos en esos lugares; este hombre no hablaba de otra cosa, más que de una tradición proveniente de dos países del sur, Perú y Bolivia.

Nuevamente, atentos a la ruta de nuestro viaje en la puerta de entrada, caminábamos de la mano con unas *guaguas* en forma humana. En esos intervalos de existencia, se había desdibujado por completo el rostro de don Luis. Así, nos encontrábamos en otro tiempo con el eco de las palabras lúcidas en su memoria que nos permitía seguir caminando por una tradición ancestral, a la vez que escuchábamos su narración:

Este acto se celebra también en Ecuador; se recrea una fiesta en el hogar, creando, al mejor estilo de un altar, un lugar para que la guagua de pan permanezca ahí. Se debe crear una máscara hecha de yeso, la cual se le otorga a la guagua. El nacimiento requiere que se la bautice con un nombre específico. Es como si la guagua de pan reclamara que se le otorgue el nombre propicio. Este nombre debe ser el que poseía la persona en su paso por la vida, pues la

fiesta gira en torno a la muerte. Se representa al difunto a través de la guagua de pan.

Una tradición que cobra simbolismo, que presume su nombre a un libertador inmortal. Hay festejos, en lugares como Ipiales que, desde la muerte, celebran el nacimiento de una guagua de pan. Pensábamos en que la memoria del pueblo, en ese día, les concede a los seres del más allá la eternidad. Existe un choque de vida y muerte una vez al año. Pensábamos en el camino. El andar de las guaguas de pan era los pasos de la muerte que, a su vez, otorgaban la vida.

“El camino de la muerte proporcionando un encuentro con la vida”. No podíamos entender con claridad esta afirmación, nos confundía; las guaguas de pan representaban, para muchos, una época cuando los muertos vienen a comer lo que a ellos más les gustó en su vivir, por lo que pensábamos en el lazo existencial del camino que permitía el regreso de los muertos, a un encuentro con el mundo de los vivos. Es por ello que una vez al año se espera el reencuentro de la muerte con la vida. Este simbolismo hace que sea posible la idea de un viaje de la muerte. Así, vida y muerte se encuentran en el mundo terrenal.

Y es que el nacimiento de la guagua permite interpretar una cantidad de símbolos que nacen en el sentir de la gente; así como el niño, el fruto o las plantas nacen en determinado tiempo y sin prisa, así nace la guagua, en un determinado mes de junio. De esta manera, nos permitíamos viajar por esos vivos pueblos. El sentido que se le otorga al territorio de Obonuco se manifiesta en el agradecimiento y homenaje que se rinde a la Madre Tierra, pues con la cosecha de junio, la Madre Tierra pone fin a un ciclo, los campos quedan vacíos e inertes por completo; es la época del año cuando se pasa a un estado sin tiempo y espacio, para luego renacer con las siembras y las lluvias.

Los campos vuelven a vigorizarse y comienza un nuevo lapso de vida y prosperidad. Sin darnos cuenta, habían transcurrido horas de un viaje en total reposo, guiados por las palabras de don Luis, en una tradición ancestral que nos llevó al encuentro con un movimiento entre vida y muerte y su choque una vez cada año, simbolizado en las guaguas de pan.

Después de un encuentro y un viaje en el tiempo, nos dispusimos a caminar nuevamente en búsqueda de otra experiencia, pues el camino posibilita el extravío, parte fundamental del trasegar de la conciencia, perderse, crear experiencias y dejar que los sentidos posibiliten el compadrazgo con el camino. Su naturalidad y la sombra que acompaña permiten la creación de un entretejido de sentires que se fundamentan en el caminar. Así, el andar, de la mano con la memoria, ha posibilitado el encuentro con el sentir del otro, ahondando en la importancia que adquiere algo tan relativamente obvio como el camino en el imaginario colectivo.



Figura 8. Vereda San Felipe. Entrada a la Chorrera del duende.

Podría decirse que, en este ejercicio caminante, debe alejarse de una soberbia súplica que se crea al momento de pintar con letras el camino y el lenguaje sin rostro del que habla; se trata y se supone una manera alegremente fluida, atravesar el espacio lineal razonable y descansar en el misticismo que ofrecen el sendero y la acción de andarlo. No es la exactitud ni se pretende adornar con eufemismos discretos el movimiento, no evidente, del camino y su enigmático dibujo de personajes que adornan sus capítulos, sino permitirnos recaer en él, sintiendo recaída como el acompañamiento, y el dejarse llevar del camino, acompañándolo en las múltiples transformaciones que se crean en su intimidad. Dejándonos ir y dando la espalda a una pequeña parcela que siembra cemento y metal, y que cosecha, si la temporada ha sido buena, unos cuantos fallos a favor de los terratenientes, empezamos a notar, con un leve sentimiento de deshidratación, que llegamos al pie y, a la vez, puerta, de un camino que se considera sagrado; una vereda pequeña situada al costado de un paisaje verde, una pequeña vereda que se ha envuelto con historias fantásticas, mitos, andares borrachos y misteriosos; caminos que se tejen en desvíos de piedra y riachuelos que sólo es posible conocer al caminar de frente. Un pequeño mundo que besa la mejilla del bosque. Nuestros sentidos casi enredados por un denso cuadro barroco con tonos verdosos y colores tierra, se persuadieron, paso a paso, con el fluir del camino, con la fe prolífica del encuentro con recuerdos diáfanos y peculiares. Pedíamos mucho; tal vez, recordábamos un texto de Foucault y habíamos olvidado uno de los primeros momentos que se debe tener en cuenta para permitir el encuentro con el otro: la negligencia. Debíamos eliminar todo rasgo de encuentro obligado, pues eso entorpecería la casual aproximación con el lenguaje sin automatismos ni resignadas preguntas de encuesta. Nuestra memoria retenía sin esfuerzo imágenes de altos protagonistas con cabeza verdosa y encrespada, gozábamos con el placer de girar la vista y encontrarnos con el reverso de una ciudad amurallada, repleta, tal vez, de

vacío. Aquí, enverdecidos y empapados con los saludos de las personas que viven al borde del camino, nos echan hacia arriba empujándonos con sus palabras y el ahondar de manos a lo lejos. Sentíamos, a la vez que fijábamos nuestra vista en el horizonte, que el cielo reposaba cándidamente en el camino mientras cumplía su función diurna; éste le servía como compañero de susurros al firmamento, mientras le llegaba la hora del cambio de protagonista y, así, después del tiempo diurno, volvía a conversar y servir de confidente al firmamento con pecas rutilantes; Yupanqui lo canta:

“Caminito del indio que junta el valle con las estrellas.”¹⁴

Tras andar y andar, el camino nos llevó a una última casa adornada con cultivos, una casa con ciertas características insoslayables. Empezando por una reja de un color bermejo que parcelaba lo privado de lo público, deteriorada por las intempestivas y variables situaciones climáticas, mostrando una desnudez oxidada y los candados de la reja en armonía con unas cadenas que, con un grosor considerable, no cumplían su papel fundamental, jugaban meciéndose al ritmo del viento dejando un estrambótico sonido un poco escabroso, y la casa de tapia permitía una elegante vista desde la reja. A lo lejos nacía, detrás de una columna, una silueta un poco desgastada de una persona que ocultaba su cabeza con una gorra. Nos habían dicho que a don Jorge Maigual¹⁵ le gustaba hablar mucho y que vivía en aquella casa, así que, con voz fuerte, intentando un grito, le llamamos por su nombre y nos contestó levantando la mano y asintiendo con la cabeza.

Pasando y dejando un poco en el olvido a la ciudad, estrechamos manos y nos invitó a que pasáramos a una silla en el patio de la casa. La charla empieza en una rústica y cómoda silla de madera. Nos habla de la existencia de un Camino Real, camino que pasa de arriba de Gualmatán y baja por la Piedra Pintada. El Camino Real se transforma y se renombra como el camino de Bolívar; el camino no permite el bautizo de un solo nombre, se queja ante el abandono pasivo de un imperfecto alias, es el caminar de próceres quien ahora lo bautiza. Y es que un suceso relevante, tal vez para la gente que vivía por esos lados, se produjo en ese camino, por eso se le bautizó así. Para entender este íntimo festín bautismal, el lenguaje de don Jorge proclama un movimiento hacia ese suceso, tal vez en la negrura del paisaje y en el sonido galopante de un palomo. Así, empezamos a caminar en un tembloroso encuentro con la libertad proclamada por patriotas.

Se escucha que la libertad se asoma y el relinchar del palomo se hace cada vez más fuerte; el sudor empapa por completo las fibras de nuestro cuerpo; sentíamos un pálido sentimiento intranquilo; el sonido se acercaba más y los cascos del palomo olían nuestro miedo. El camino donde estábamos era áspero y crudo, el aire tenso y con una calma inquietante hacían de esta escena un momento pálido. Don Jorge nos decía que nos agacháramos; al fin de cuentas no era bueno que nos miraran en un tiempo que no era el nuestro. Escondidos en las espesas tinieblas, miramos al de patillas largas y anchas montado en su caballo, estaba pasando por el Camino Real, más abajo de Obonuco, en lo

¹⁴ SCHUETT, Gerhard. Atahualpa Yupanqui. (20 de marzo de 2010). Disponible en: Camino del indio, <https://www.youtube.com/watch?v=AoSjq31K3aM&t=8s>.

¹⁵ Don Jorge Maigual, morador de la vereda de San Felipe, cerca al territorio de Obonuco.

que ahora se le conoce como el Barrio de Agualongo. Algo paradójico, se encuentran Agualongo y Bolívar. En todo ese paisaje desolado duerme una piedra que, angustiada, también se queda inmóvil y sirve para que, sobre ella, las huellas del caballo posen y descansen. Ese pisoteo hizo que la piedra se trastorne, se inquiete y deje de pertenecer a esa categoría de sólo piedra; ese pisoteo hizo que la bautizara: la Piedra de Bolívar.

Don Jorge nos recuerda que la importancia del nombre quedó impregnada en el sentimiento que la gente tiene al referirse a dicho camino. Aunque aparentemente la piedra dejó de permanecer en el lugar, su nombre-ser ahí persiste. Piedra y camino que permanecen en soledad recurrente, en íntima desolación, escena de un encuentro trágico, pues la muerte, asegura don Jorge, pasea por ese lugar. Y es que el camino permanece en soledad recurrente, en la íntima desolación, escenario perfecto para algún malhechor que perpetra, en su deseo, la muerte. “Hay muertos, y todo por robarles”.



Figura 9. Camino que conduce a la casa, con don Jorge Maigual.

*

* *

Caminábamos con la palabra por tiempos de tono sepia y refugiándonos con el trasegar de la memoria escapamos de un soplo, del presente, convirtiendo al espíritu en transeúnte del tiempo, cuya morada implica una destotalización de cualquier vestigio del ahora. No hay un presente, ni un futuro, no hay especulaciones, y las huellas de una linealidad rutinaria desvanecen con el aliento que emana la palabra. El cuento se convierte en una especie de mimesis pretérita, y qué más es, sino eso. Crear una puesta en escena con artilugios del ayer en un tambaleante presente, pues la palabra permite la transformación y la migración de todo concepto actual.

Así, y en ese recorrer por trastornos temporales, empezamos a viajar por caminos que se angostaban en la medida en que nos relataba. El polvo nos entornaba con un tono rubio y, de un momento a otro, estábamos parados frente a un camino con la anchura de una recua de caballos, y con la palabra veíamos que la gente que iba a Obonuco subía por Agua Grande, por una orillita, porque el camino era muy angosto. Además, contaba don Jorge, “por cosas del destino, un sabio dejó sembrado un arrayán, por el sector Divino Niño, por el camino que antes se subía a pie, a la Piedra Pintada; camino pequeño y angosto”.

Nuevamente el camino empieza a revolotear en el lenguaje, a tornarse un poco más sutil y suave, ya no es el camino polvoriento donde se acomodan piedras o descansa el polvo apresurado por jugar con las llantas de unas cuantas carretas de caballos y mulas, sino se convierte en un relato etéreo; el lenguaje y el camino se juntan a danzar en un perceptible festejo con anfitriones revoltosos, tétricos y alérgicos.

“Relatar una historia sagrada
equivale a revelar un misterio, pues
los personajes del mito no son seres
humanos: son dioses”

Mircea Eliade



Figura 10. Escapulario en la Piedra Pintada. Lo sagrado en el camino.

El camino empieza a trastornarse en ligero y delicado, lo empieza a re-significar a medida que el lenguaje lo quiere así. Es un afán que empezamos a sentir, algo así como una punzada en el estómago que nos dice el porqué de ese revoloteo de ese camino. Siempre es necesario contar esto, y es necesario establecer un orden para contarlo. Sentados en la misma silla rústica, con niños revoloteando en la casa de don Jorge y unas cuantas esperanzas de entender lo que él siente. De nuevo, debemos retirarnos de la razón, por un momento, pues no entendería esto; viajamos con la imaginación y la memoria preparándonos para un encuentro en la espesa senda de un bosque. Situados en un sendero desordenado, caminamos; este camino huele algo diferente; no sabíamos si estábamos arriba o debajo del camino, solo estábamos.

Empezábamos a caminar casi que por instinto, es confuso, pues andándolo, se escuchaba un sonido. Vea, vea, oiga usted, dice don Jorge, ¿oye quién es que toca? Algo así como el resonar de un tambor. Caminábamos a ese ritmo endulzado y recurrente, el camino nos servía como posibilitador de ese encuentro. Caminábamos, seguíamos caminando, la alteración y el posible encuentro con ese sonido permitía una trágica consecuencia, pues don Jorge nos advierte que no es bueno ir donde suena el tambor. Don Jorge sólo viene a estos lugares a recoger leña, el camino de la leña, diríamos, pero es la necesidad y la gana de andar por el camino hacia el encuentro con ese sonido. Mientras hace leña, dice don Jorge:

El duende existe, yo lo miré, pues, cuando esto solo era monte; él vivía por acá, es simpático y bien parecido a una aislada vista, pero ya de cerca es desfigurado; los zapatos se acercan a la semejanza de botas, pero no son botas, son como las patas de un caballo; tiene una cabellera mona; se le ve en los ojos un tono verdoso que, al parecer, hacen juego con el color del bosque, pero, mentira, es una calavera lúgubre.

Tal vez era él quien hacía sonar ese tambor. Al final de ese camino, pensábamos encontrarlo, asegurando que a la vuelta de algún pasaje lo encontraríamos, pues ese sonido ya resonaba casi en nuestro oído. Al fin, llegamos, no encontramos nada; el lenguaje de don Jorge nos trasladó de nuevo a la silla rústica, ese personaje ya no se hacía notar, el camino que tanto jugaba con ese duendecillo, y que lo ayudaba a que personas lo conozcan, había desaparecido; se había asustado de tantas miradas y caminantes que merodeaban este lugar. El camino empezó a entablar conversación con demasiada gente, fue como un acto de celos o reserva ya que ese personaje pequeño y malvado se alejó de estos lugares.

El camino ayudaba a que enamoradas de este personaje revoltoso permitieran el encuentro, pues, nos dice don Jorge, “de Obonuco venía una señora que se encontraba encantada o entundada, sólo permanecía allá arriba en la chorrera haciendo leña, y sólo a hacer leña”. El disimulado bosque entreteje sigilos y encantados caminos que permiten gestar vida e historias en el recuerdo de caminantes viejos.

*
* *
*



Figura 11. Compañero y camino.

La misma silla, los niños ya sin el revoleteo. Aún estremecidos, tratamos una reconquista estrechada por el lenguaje de don Jorge. Todo ese paquete de memoria otra vez era tenue y frágil, pues el hablar de nuestro compañero de una buena edad nos recalca la importancia del encuentro con seres místicos y míticos o, más bien, dioses, como lo escribiría Eliade. De nuevo y con el movimiento característico que tiene el camino, empieza a mutar en un amigo, ahora de un Cueche, algo así como un pato. Don Jorge dice:

Aquí hay encantos; les voy a contar uno, porque yo los he visto, y es porque he andado mucho por aquí, nos dice. El arco iris, se lo equivale con un pato, uno de colores. El Cueche blanco se envuelve y se adorna en el agua, éste se transforma en un pez grande. A un señor de Anganoy lo tenía encantado en una piedra. Él estaba en busca del pez blanco y, cuando el señor quería verlo, el pez se escondía y no se lo podía ver más.

El camino aprueba el paso, un gesto afable que permite crear una dimensión trágica y fantástica: “el Cueche o pato blanco”, como lo nombra don Jorge, siembra estragos y se hace uno con el camino, y es que, si el camino y el Cueche se hablan al oído y permiten el encuentro con el cuerpo ordinario del humano, delimitado por la razón y lo aparente normal, podría causar una incómoda alergia. En esa charla, se recuerda don Jorge que estaba encima de la chorrera, allá arriba, cuando miró un pato que venía volando en medio del río - dice don Jorge, “yo estaba con alguien, entonces mi compañero me dijo: no se vaya a pegar al Cueche, tomará distancia, y cuando lo miré, hacía colores, como hace el arco iris, hacía verde, hacía rojo, aleteaban en el agua ambos Cueches”.

Si el Cueche lo coge de lleno, le da alergia, se engranoja. El Cueche blanco hace doler la cabeza, pero se cura con aguardiente o pringándose con un trapo de lana, calentarlo en la candela y pringarlo o, sino, soplarlo con las ramas; para eso es bueno la ruda, el aguardiente y el cigarrillo.

Eso existió, ya no existe, se ha desvanecido en la otra faz de la realidad, esa realidad que permitió nacer otra clase de vista, esa otra realidad; ese otro vivir ahora descansa en la memoria, un poco cansada, de la gente; ese camino lo han entorpecido, tal vez, por el afanoso deseo de encontrarse, ya no con lo fantástico, sino por la convicción moderna que no ve nada. Pero ¿qué es lo real? Es lo de allá, lo que está en el agua, en el viento y en la piedra, es el canto del agua que, estrepitosa, besa la piedra y que el viento murmura al agua cuando, escandalosa, besa la piedra, una historia húmeda.

En el silencio del bosque, nace el camino, nace como la necesidad de permitir el encuentro con lo etéreo, con lo real, con la nube y la piedra. Se dice que, en el camino y el bosque, con todos sus personajes, existía un pacto de silencio educado, pues el bosque no quiere que le hagan ruido y la gente viene y se mete, anda, grita y habla; este lugar es muy receloso. Los caminos están llenos de fantasmas; nosotros mismos, nuestros pasos entorpecen y resuenan en la tranquilidad en la que descansan dioses y guardianes. Dice don Jorge:

Si va arriba, al Galeras, porque yo he andado por allá, y no va bien encomendado, cualquier cosa se oye, le habla el monte. Un día yo iba solito a buscar el agua, cuando me dijeron: ¡hola! Y yo, de una, volteé a ver y nadie, un perrito que llevaba como que se asustó y se apegó hacia mí, y yo dije: es el bosque que me está hablando.

Los fantasmas somos nosotros; los dioses, sin palabras, callan al hombre que camina con la boca y con gritos; el camino es morada del lenguaje de los vigías dueños, y callan al estruendoso fantasma susurrándole al cuerpo del hombre que no sabe caminar, un mal viento; le susurra el mal viento. Al bosque siempre hay que ir calladito; cualquier irrespeto que se hace, él lo puede engañar o desviar; los caminos no son para todo el mundo, hay caminos que merecen respeto. Don Jorge cuenta:

La Vieja también la vi cuando era pequeño, ahí, en toda la Piedra Pintada. Ella nos quiso como engañar a yo y a mi hermano, nos dice. Nosotros bajábamos con unas ovejas, y no era muy de noche, era recién empezando a oscurecer, lo que favorecía era el ramerío que había. El bosque era oscurísimo y el camino tapado de guamuca; cuando nosotros bajábamos, las ovejas se asustaron feísimo; echaron a correr y nos dejaron, cuando, de repente, vimos a La Vieja, tenía puesto un pañuelo negro, se la miraba grandota, tiene una cabellera larga, larga. Nos quiso como hablar, pero nosotros echamos la carrera; cuando uno se encuentra con esa clase de espíritus malignos, el cuerpo se muere, queda inmóvil, lo hipnotiza.

En el camino de San Felipe, yo venía de tomarme un trago y, borracho, me sale una sombra y me trató de derrumbar y arrastrar al monte; yo halé y halé,

cuando al fin me pude hacerme p' acá, esas dicen que es La Vieja. Por el camino a La Chorrera se ha perdido mucha gente y han aparecido al otro día, porque a veces hacen alboroto, el duende los entunda y los lleva bien adentro a una parte selvática, La Vieja o el duende los lleva.

Hay partes que son reservadas para los espíritus, el duende, y La Vieja, aunque ya no se mira tanto, porque ya son sitios poblados, y la misma energía del ser humano aleja a los espíritus y hacen que vayan a buscar partes más solitarias. Hay un trayecto de Betania hasta Yacuanquer, partes que son muy solitarias, donde todavía se siente la energía de los espíritus mayores; cuando da mal aire normalmente es porque se tiene una mayor influencia de hacer daño a la naturaleza; a veces los espíritus son muy celosos, sea porque se haga ruido, porque se arranca alguna rama, toman venganza de eso; ellos están ahí para cuidar el camino.

Invitados a andar con la palabra por el camino sacro del bosque, emergemos a un tiempo en que el licor y el jolgorio frustran y emborrachan los sentidos, dejándonos en un cautivo encuentro con el pánico y el miedo. Don Jorge nos traslada a un escenario frío y austero, con un fondo oscuro y neblinoso; miramos en ese tiempo a un amigo de don Jorge, que se había chumado y se iba para la casa, cuando ahí, en la quebrada del Cuatarrán, no podía pasar, porque el río se había agrandado, él quería poner el pie en la quebrada y no podía. Miramos que, se había tirado al agua y, de repente, se había visto en un pozo, y veía una sombra que lo bañaba sólo los pies y, al otro día se le miraba, por sus gestos adoloridos, que guardaba un dolor de cabeza y un desmadejamiento de cuerpo; le había dado mal viento. Ya hace como veinte años que ya no suceden estas historias.

*
* *
*

Empieza a brotar de la boca, de esa boca cansada, pero despierta siempre en el ahora, una tradición sagrada y cíclica; enumera los nacimientos anuales del Señor del Río, un patrón que engalana de protección a una aldea alejada en el olvido y amontonada al costado de un camino líquido que revela los místicos encuentros con la fantasía. Existe una intranquilidad en el lenguaje de don Jorge, pues afirma que la tradición del hablar se ha venido marchitando con el paso de las épocas, se ha enclaustrado en un baúl que guarda recuerdos de alientos con palabras sabias, junto a risas y caminares.

“Y es que, como antes no había televisión, entonces uno se dedicaba a contar, a charlar, a reír de chistes y caminar, entonces se vivía en una reunión”. Don Jorge sabía estar en la cocina conversando hasta que el sueño los poseía, alrededor de una tulpa, alumbrados con una esperma. Cuando ya vino la energía y el televisor, se fueron olvidando todas esas tradiciones de charlar, caminar y estar en continuo encuentro con la palabra.

Se trata, evidentemente, de una interacción desde el sentir y el vivir del otro, asumiendo una visita a historias sagradas y profundas. En este sentido, andamos por caminos sugestivos que seducen a los sentidos, penetrando en la esencia de procesiones sacras.



Figura 12. Memoria y tradición.

“Aquí, en San Felipe, tenemos la tradición del patrono Señor del Río o Jesús del río; cada año, el 29 de enero, se celebra, pero no se baila ni hay comparsas. La procesión se la hace en toda la vereda; sale de aquí, de la capillita, sube a la última parte de la vereda y, después, baja, llega, vuelta, acá”. No hay que dejar perder, por la llegada de la modernidad, la tradición de poder contar historias por medio de la palabra.

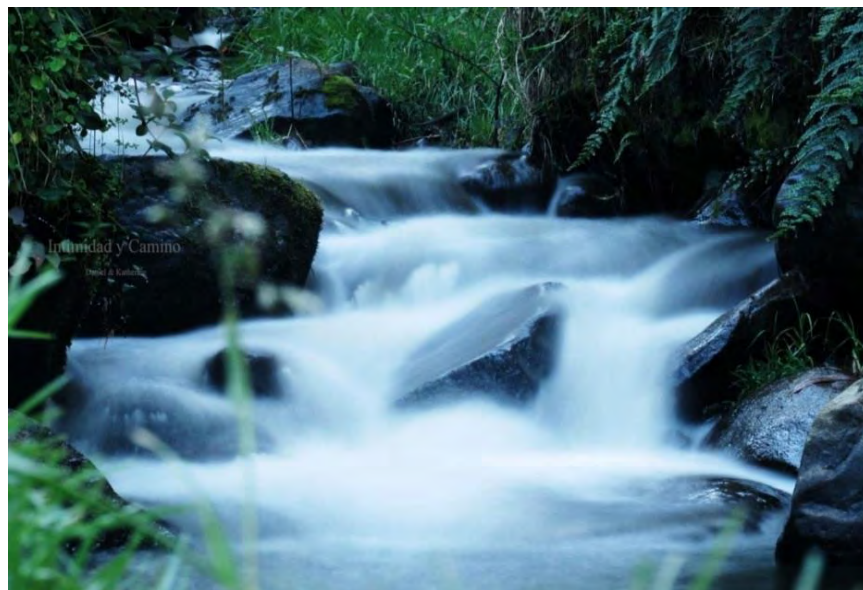


Figura 13. Camino líquido.

El camino, como el río, empieza a moverse, y ¿acaso no es el río un camino infinito? Un camino que es el protagonista del bautizo de sitios y santos. Respirando hondo, nos sumergimos en caminos en que, permitiendo el encuentro con lo divino, se observan tenues y sencillos pasos que marchan consagrando el espíritu a deidades misericordiosas. Y es que a estas fiestas asiste toda la gente de los verdes hogares, el camino se junta con la necesidad del encuentro con lo sagrado y empiezan a caminarlo con ese ánimo de protección. Nuevamente, sin remordimientos atados al lenguaje, empezábamos a mirar una silueta de un caminante, se le notaba cansado y agobiado; atemorizados ante el suceso inusual, nos dice don Jorge, que esa silueta le pertenece a un pobre caminante amante de los animales. Él¹⁶ solía andar por lugares donde el camino y él eran los únicos protagonistas, ni siquiera el paisaje lo acompañaba, pues tal era su desdicha que su vista estaba cegada por la trágica soledad y el desamparo; amansaba fieras feroces; lo hacía porque no existía en ninguna de sus manos alguna compañera a quien le pueda tocar. En ese vaivén casual, la muerte le empezaba a mirar de reojo y, contagiada por la crisis de aquel solitario, se ofrece como compañera de aquel caminante. Desvanece la silueta de aquel amansador de fieras y, de nuevo, sentados en esa silla rústica, mejoramos, cada vez más, el encuentro con el camino.

Dábamos nuestras últimas puntadas en ese encuentro que, con la fraterna casualidad, nos empieza a trasladar hasta aquí desde el allá y, viajando con los pies de la memoria a procesiones y caminos sagrados, logramos comunicarnos con angostos caminos.



Figura 14. Sentir y memoria.

Existen en los caminos historias que, de mano con los decires y charlas de mayores, han venido andando de generación a generación transformándose en relatos con figuras

¹⁶ El sentir de don Jorge remite a San Francisco de Asís.

charladas casi precisas de lo que en algún tiempo fue y, reviviéndolas en las tertulias al calor de la tupa, seguirán siendo. Siguiendo vestigios y huellas de carretas que empolvan los rostros de los cargueros y viajeros, nos topamos con el reconocimiento de caminos que fueron aliados a personajes, caminos que endulzan y acompañan a los viajeros; caminos nobles y reales que, con nombres de enemigos, amigos, santos o dioses, bautizaron.

¿No es la vida un camino? Es un poco de aire y silencio, un caminar en angostas sendas cubiertas de polvo y piedras; es la vida, también, un ceñido caminar que permite el germen de historias y sucesos. Vida que se bautiza detrás de cada muerte. Nos despedimos.

5

La inquietante travesura de viajar se ha convertido en el deseo de la memoria por reconocer los caminos. Tras un andar por el camino y la palabra, vamos respirando y descifrando las señales del sendero, sabiéndonos vivos y reconociendo las huellas de nuestros antecesores para saber por qué y para qué estamos aquí. A tientas nos acercábamos a pasillos retocados con aromas del sur de América, pasillos eternos que cruzan líneas imaginarias y desfilan orondas por Argentina y Colombia, caminos cansados y viejos. Pensamos que el camino se va alargando cada vez que le pasan los años; algo así como la vida, no sabemos, qué más da, estábamos ahí.

Entre el inhalar y el abandono, llegamos al jardín de sueños que enmarcan historias de adobe, cemento y testigos de diez metros que no avanzan, pero siempre llegan. Con el blanquecino cielo y las auras revirando nuestros rostros, observamos la ruta que hoy se conoce como Camino Real, el Gran Camino o el Camino Viejo. Una senda cuya historia continúa latente en las experiencias y conversaciones de su gente, quienes viven y sueñan día a día entre verdes montañas, casas de barro y huertos lozanos, que se levantan como atalayas a perseguir sus pasos. Disconformes con los fracasos civilizatorios, estrechamos nuestros sentidos con la discreción simbólica del paisaje y notamos que una piedra es un paisaje, el polvo es paisaje; la música, que provoca el arroyo estrepitoso, deseando su encuentro con la roca, es un paisaje; para nosotros, ya todo era paisaje.



Figura 15. Intimidad y camino.

Sin afán, siguiendo y andando por caminos empedrados y cubiertos por una leve brisa de polvo, causado por el andar generoso de un caballo halando una carreta, nos llevó el errar a un personaje: don Jairo Gomajoa¹⁷, un indígena que siente en su existencia un leve tono de inconformismo, pues en su esencia descansa el deseo natural de volver a dormir en el adobe y escuchar, a su oído, hablar al fuego.

Este encuentro no necesita el protocolo ceremonial del saludo ni tampoco el lugar cardinal de su estar; sólo debemos decir que estábamos ahí, cerca, con una voluntad de permanecer y escuchar el lenguaje del indio que se mezcla con la tierra y pelea con el ahora. Nos decía que hablar del camino encerrados en una sala no tenía sentido, ya que era necesaria una interacción entre los sentidos y el paisaje que se pinta en cada pisada. La importancia de la reminiscencia al recorrer una senda es importante para que el desplazamiento pueda ser fluido y grácil, dice. El frío parecía entusiasmarlo y nos llevó a un tema en el camino, que era completamente desconocido para nosotros, que él llamó el Punto Cero. Se refería a una ambigüedad de caminos. El fin de un tiempo y el comienzo del otro, una lucha de contrarios entre estas dualidades.

¹⁷ Don Jairo Gomajoa. Perteneciente al Cabildo del territorio de Obonuco.

Y es que se entiende civilización como el acto sin premura de pintar lagunas con asfalto y parir balcones en las montañas. Del lenguaje salió un punto, lo acompaña un número neutral y aparentemente vacío, se mezclan y se hermanan, se empatan en nuestro sentido de escucha. Nace de esta charla el “punto cero”, nos habla casi como dándonos a entender que existe en este camino un “punto cero”, comienzo y fin, punto de convergencia, orden y caos. El “punto cero” duerme en la dificultosa interpretación de invocar, ritualmente, con la memoria, la historia. Nos dice don Jairo: “todo camino tiene un punto”, un momento en que la tradición se despoja de sus vestiduras y es obligada a usar tacones y perfume, un punto que se transforma en momento, y ese momento es cambio disfrazado de sincretismo o pseudocultura. Así, el “punto cero” es el encuentro del orden con el caos, del vino tinto con la chicha, del hombre que vende la tierra con el hombre que regala su historia, de la civilización y la barbarie.

Es lástima, dijo el indio, mientras nos hablaba; lo dijo algo así como en soliloquio o como en paréntesis. Sus dientes se entrechocan para no dejar salir argumento alguno; sin embargo, nuestra necedad muestra un tono de angustia y perplejidad ante el sentimiento revoltoso e inquieto que le salió de su mente. Permitimos un silencio agónico que se entretejía con el sentimiento de despojo que era evidente en su faz; el silencio se convirtió en llanto y, con un abrupto movimiento de sus manos, limpió el sentimiento con la manga del saco y prometió, con la mirada, pasearnos desde su memoria por los hogares de sus antepasados. Existe en el momento del hombre la decisión de tomar algún camino para andarlo, un momento en que el hombre decide seguir su marcha, detenerse y cambiarlo o proseguir. Debemos contar la historia del hombre que se cansó de caminar por las salientes de las chorreras y andar perdido en lo barroco del sendero verduoso.

Caminando hacia las afueras de los animales, uno de los hombres, el cansado, decidió convertir al animal en pantalón y la mariposa en zapatos. Seguía saliendo de su inconformidad y, sin detenerse, multiplicó su fuerza para convertir la madera en arma y, sabiendo que debía subsistir, inventó la producción; la mercancía se convirtió en su trabajo. Surgió el deseo de soledad e inventó a dioses ideales, seguros y confiables que aseguren sus tierras; nacen dioses machos, pues ellos eran fuertes y podían cuidar muy bien del hombre cansado. El hombre se dio cuenta que necesitaba mano de obra y decidió crear hombres de plástico y ruido a imagen y semejanza de él. Ya había civilización. Se han cambiado los cánticos del colibrí por los himnos y trompetas; ha nacido lo individual, lo tuyo y mío, se apoderaron de la tierra; el hombre cansado ha creado ideologías, dueños y reyes; su alejamiento del río provocó una evolución sorprendente, generó trabajo; el hombre trabaja más, pero su libertad agoniza: “Los resultados de la civilización eran sorprendentes: nuestra vida era más segura pero menos libre, y trabajábamos más horas”¹⁸.

Ahora, el hombre cansado se convirtió en civilizado, en prócer de las libertades. Debía liberar al hombre que dejó olvidado en las cornisas de las chorreas, debía otorgarle trabajo y aclimatarlo al encuentro de la civilización y de la libertad. Debe volver a caminar por el mismo sendero que se alejó para “prosperar”, vuelve a su inicio, a su primer hogar salvaje donde caminaba por chorreras y, en lo barroco del sendero verduoso, su punto cero.

¹⁸ GALEANO, Eduardo. *Especiosos, una historia casi universal*. Madrid: Siglo XXI, 2008, p. 11.

El punto es sinónimo de lucha y confrontación, de alianza y compadrazgo, de intercambio y armonía, pues, nos afirma don Jairo, “el camino ha servido para traer y llevar, se intercambia en ese punto cero, en ese momento, en donde se hace el encuentro de diferentes culturas para poder traer y llevar”.

A todo esto, llegamos al topetazo de unos hijos del sol que perpetraban su conquista en tierras que, desde el sentir de don Jairo, eran de los hijos de la luna, pero qué más da, son medio hermanos. ¿Qué habría pasado si los soles nos hubieran conquistado? Viviríamos, pues, en la luz constante, abrigados por el dorado resplandor del astro; no tendríamos mamá, sino papá; viviríamos sin el signo pesos y entraríamos gratis y sin visa a las ruinas de Machu Picchu, eso sería. Los pasos de los soles que caminaron por el camino viejo estrecharon alianzas de fraternidad y cultura, provisionaron a las lunas de maíz, y los soles llevaron los tejidos de guanga.

Tras andar y reinterpretar los símbolos que se hilan en los caminos, nos cobijamos en el sempiterno andar de la palabra; el paisaje inquieto y juguetón nos baña con una leve llovizna que permite un obligatorio frotar de las manos. El frío entusiasmo, al parecer, a don Jairo, pues nos dice que este frío permite y crea una excusa verdaderamente necesaria o apodíctica para un buen pocillo de café: “Hablar del andar, encerrados en la sala de una casa, no tiene sentido, es necesario sentir el camino”, hablar con nuestros paisajes, que se pintan uno después del otro en cada pisada. Por este modo, la charla se desenvuelve en el frío paisaje del camino. Así, nos va mostrando que el andar por los caminos con la reminiscencia y el sentir lo que fue vivir en estos senderos permite un desplazamiento fluido y grácil. El sentir y caminar con el espíritu y alma a lugares de antaño crea, en cierto momento análogo en nuestro presente, un “mundo nuevo” donde lo paradójico recrea un espacio fácil de andar, un mundo de antaño “nuevo” para nuestro sentir.

Es que cuando se habla de “punto cero” en el camino, inevitablemente nace en el sentir una nostalgia que atraviesa el comienzo y fin, una nostalgia que produce un orden y caos, antes y ahora, un punto donde se mezclan y forman un híbrido casi indisoluble. En ese preciso momento, la modernidad y la contemporaneidad se disfrazan de una pseudotradición y emergen supuestos de sincretismo. Varias épocas convergen, varias culturas y pensamientos convergen en este punto, pero, por orden de fuerza, prima siempre el más fuerte, desplazando al otro al olvido, a la indiferencia, al margen de la historia.

Entonces, el camino se transforma, la tradición se arrincona mientras la modernidad toma fuerza convirtiendo lo viejo en nuevo. Aunque ya no se puede contemplar la tranquilidad del paisaje con la soledad del hombre y lo natural, pues lo artificial, con su llegada al camino, crea un ruido molesto, acompañado con un vapor tóxico que hace imposible respirar con la tranquilidad de no envenenarse. Existía un tiempo en que el hombre podía caminar tranquilo, admirando el paisaje mientras caminaba, o tiempo en que las “chivas”, vehículos que transportaban gente y que en su segundo piso se adornaban con verduras, frutas y animales, alegraban la vista: “¡Cómo se alegraba la vista al ver el andar de las abuelitas por el camino viejo cargando su bulto de verduras, de flores y todas esas cosas que desfilaban por los caminos!”.

La sabiduría de don Jairo nos hacía repensar el camino y, a la vez, meditar acerca de lo que nos estaba hablando, el “punto cero” en el camino, el fin de una época y el comienzo de un nuevo tiempo, un trastocamiento de épocas, así que comenzamos a escuchar y, a la vez, a compenetrarnos en el camino. Se nos olvidaba la apariencia del rostro presente y nos quedaba sólo el fluir de las palabras que viajaban a través del aire. Encontrábamos que las palabras de don Jairo se envolvían en nostalgia y, por fin, pudimos comprender lo que quería decir. Se asomaba la nostalgia de un indígena, el antes y el después, un estilo de vida alejado del ruidoso tumulto ciudadano, del ajeteo y la presión del deber hacer. Ayer era todo lo contrario, los caminos estaban hechos para engalanarnos con los paisajes, las casas de tapia se imponían con la luz del sol que topaba en sus tejas como insignias de un tiempo en que había la tranquilidad que otorgaba el cielo azulado unido a las verdes montañas.

El pronunciar de la palabra de don Jairo se postra en el camino viejo que ahora es pavimento, un viejo camino polvoriento, un camino que pintaba rostros con el matiz dorado que se aceptaba en el paisaje andante. Era necesario aceptar la quietud para otorgar el paso a otra persona, algo así como un intercambio de favores: “me quedo quieto para dejarte pasar”. Ese era el camino más derecho, el camino más enderezado para procurar llegar con el tiempo preciso al lugar deseado y mucha gente que habita el territorio de Obonuco lo andaba. El corretear de los animales al filo del camino, cuando aquellos carros inquietos no llegaban. Los bosques eran testigos de osos que comían frutas en su destino natural y las casas tenían un amplio jardín fresco y verde; ese tiempo imperecedero vive aún en la memoria del indígena. Con los vientos golpeando las copas de los árboles, con una vehemencia tremenda, don Jairo nos sigue charlando: “El camino de los viejos, en cierta parte de lo que es el poblado, se lo mantiene, pero la parte de la montaña se perdió”.

El sentir y caminar con el espíritu y alma a lugares de antaño crea, en cierto momento análogo en nuestro presente, un “mundo nuevo”, en donde lo paradójico recrea un espacio fácil de andar, un mundo de antaño “nuevo” para nuestro sentir, pero con la seguridad que vive sólo en su memoria, pues el camino daría paso a un nuevo tiempo, un tiempo en que las casas de tapia se sustituirían por los bloques de cemento, que limitaban la existencia a unas cuatro paredes, verdadera cárcel para el alma. La tapia, el adobe, son muros, pero muros vivos y nacientes; así se destruya, la casa vuelve y crece y, en cambio, en cemento muere. Con el ánimo de progreso se cierra un ciclo de vida, de tranquilidad y costumbres y empiezan a escucharse los bramidos desesperados de la ciudad ruidosa.

Pensábamos en ese “punto” del que nos hablaba don Jairo, pues, con nostalgia, se remitía a los tiempos del ayer cuando el caminar era significativo, “pues la modernidad trajo consigo desorden y caos”, los tiempos brillantes de la calidez de los paisajes y la amenidad del caminar se quedarían sólo en el recuerdo de las mentes viejas, pues había ganado la modernidad e impuesto un estilo de vida distinto. Nos adentramos en un camino que se une con la urbe, camino que utiliza para trasladarse a sectores del centro y como en tono de veneración que hacía del camino, él siempre ha ido por el Camino Real, sin embargo, la proporción de una jerarquía o, mejor dicho, una importancia de estética al paisaje y al caminar, se lo da en las madrugadas, cuando se evita casi por completo el contacto con los automóviles.

Éramos testigos del grisáceo paisaje de esa tarde. Mientras don Jairo nos seguía hablando, nosotros pensábamos en la perfección que se encuentra en los lapsos en que nos brinda espectáculos inigualables. Ahondábamos en que se encuentra presente cuando es testigo del abandono de los que salen de su terruño para sumergirse en la selva amurallada, pues el camino es, nuevamente, trascendente, como el fin de un lapso en los primeros años de existencia de quien se va del terruño y otro lapso de vida en el que se da paso a un nuevo comienzo.

Las charlas eran realmente profundas, pues salían a relucir dos tiempos, un comienzo y un fin; podíamos observar ese contraste en el camino de un vivir indigenista que se había opacado por un estilo de vida que gritaba modernidad. Y no nos quedaba más que aceptar que el tiempo moderno se había impuesto sobre el feliz tiempo del ayer. Y era entendible la melancolía de un ayer y un estilo de vida distinto al de hoy, pues un pueblo sencillo tendía a desaparecer, la ciudad y su trajín lo estaban asfixiando, las charlas divisoando al horizonte eran sustituidas por la tecnología y simplemente lo bello se convertía en invisible y trivial. Ya los arbustos no están cubiertos de polvo, sino de combustible, la montaña ha sido abusada por el asfalto, se ha cambiado el caminar por el afán y los árboles por semáforos, el agua del río la han embotellado; no hay pueblo, sino ciudad; no se escucha al mayor y sí a la moda. Eso de nacer en los nidos se cambió por la mercancía y la lluvia por el paraguas, se intenta inmovilizar la vida y ahora se niega rotundamente la muerte; ya no se defiende lo fiel, ahora se pelea por lo muerto. Fue en ese “punto cero”, punto de choque donde ha ganado el consumismo vil y la modernidad ha dejado sin aire a la tradición. Dice don Jairo:

La invasión trajo consigo muchas cosas en contra; las nuevas construcciones, la gente llega con su pensamiento de la ciudad, el supuesto progreso; el supuesto bienestar de la vía pavimentada trajo consigo mucho desorden, drogas, alcohol barato. Porque la gente no es consciente, la gente no sabe cuánto vale nuestra Madre Tierra, y a nuestra Madre Tierra nosotros nunca la debimos vender; en vez de venderla teníamos que fortalecerla, cuidarla, protegerla; el dinero es efímero, el dinero no es para siempre (...); en cambio, el que cuida la tierra la va a tener ahí para siempre, eterna. Existe el deseo de reconciliación entre ciudad y pueblo, cemento y tierra; desea el pueblo murmurarle a la ciudad sus cuentos de espantos y borracheras. Un poeta intenta reconciliarlos:

¿No deseas, amada, a las sencillas
Gentes del pueblo unirte placentera;
Y pasearte conmigo por afuera
Entre flores, aldeanos y avecillas?

Los árboles —soldados en guerrillas—
Cuidan la polvosa carretera,
Que cruza como un cauce la pradera,
Seca el agua y borradas las orillas...

Al tomar a este pueblo, del vecino,
Con todas sus brillantes lentejuelas
Como una bruja saltará la Noche:

Y no para no extraviarnos del camino
Seguiremos las líneas paralelas
Que trazarán las ruedas de algún coche...¹⁹



Figura 16. Árbol de arrayán. En un camino con aroma a romance y sigilo.

“Cuchichean tus hojas sus amores,
Tus pájaros se besan disolutos...
¡Y no está el azahar entre tus flores!
¡Y no está la manzana entre tus frutos!
En vano te alzas retemplado y bronco;

También inclinas al amor la frente...
¡No habrá un árbol jamás en cuyo tronco
No se enrosque la bíblica serpiente!²⁰”

El camino, azotado por la lluvia y los pasos sobre el sendero húmedo, se fue perdiendo en el galopar de un caballo que se aproximaba a nuestro encuentro. Supimos instintivamente que el acercamiento no era producto del azar. Nuevamente, don Jairo Gomajoa, con una apariencia calma, nos extendió de nuevo sus palabras como un puente, invitándonos a

¹⁹ SANTOS CHOCANO, José. *Obras completas*. México: Aguilar, 1954, p. 484.

²⁰ *Ibíd.*

caminar por la tierra de sus memorias. Dos caminos y dos épocas confluyendo en una mañana de abril. Caminábamos entre sendas, cobijados por la niebla. Los árboles danzaban como sombras a nuestro alrededor, dibujando señales y símbolos: era la vida entonando un canto al sur.

Interpretamos la senda como un texto donde cada piedra era una letra que formaba palabras e historias sobre la tierra. El tiempo nubloso convertía los árboles en sombras que danzaban entre la blancura y la humedad, en la belleza de un canto, cuyo mensaje intentábamos descifrar. Las palabras de don Jairo fluían en medio de la bruma y trasmutaban en imágenes e interpretaciones, como un poema del que fluyen los más hermosos versos. Era como si el viento susurrara a su oído los más íntimos secretos e historias del pueblo. Esta vez, su relato nos lleva al encuentro de un imponente árbol de arrayán, el último en su especie dentro del Corregimiento de Obonuco, ubicado en una ruta que lleva de un lugar a otro. Este árbol es conocido porque antiguamente y, pese a estar prohibidos los encuentros amorosos, era el lugar predilecto de las parejas.

Un pintoresco árbol donde se violaban las normas y en cuyas ramas descansa, en secreto, el erotismo que envolvía a los amantes y la libertad. Esta historia nos llevó a suponer una analogía con el Capítulo Tres del libro del Génesis: sería una serpiente alrededor del tronco, profanando las órdenes divinas y convirtiendo al árbol en el secuaz de lo prohibido, envolviendo las dos almas enardecidas de los primitivos en la tierra, dando refugio al que desea un encuentro con el otro, pues los ramajes serían testigo del pecado original en la tierra; desde ahí, el árbol se convertiría en el abrigo de los amantes que desean el encuentro con la otra mitad de su existencia.

Hombre y mujer envueltos por la tentación, al pie del testigo del pecado original en la tierra. De ahí la idea del árbol como el abrigo de los amantes, donde se gestan los encuentros y se escribe en sus hojas con la tinta del amor y lujuria que perdura en la memoria. Nuestra atención se centraba en el majestuoso árbol, reluciente entre la bruma, pero el sentir de don Jairo nos lleva hacia los días soleados, cuando pudimos mirar las hojas del arrayán danzando en la melodía del viento y los ramajes exhibiendo sus frutos frescos, llenos del néctar del amor y el recuerdo que las parejas a sus pies gestaban. Pues desde que un sabio lo plantó, sería testigo de los niños que pasaban sus atardeceres jugando bajo su sombra y sirviendo de asiento a los transeúntes que esperan cobijarse bajo su refugio, mientras se deleitan con el horizonte pintoresco y el canto de los pájaros que entonaban armoniosas melodías. Este camino era diferente a los demás, tenía aire a romance y sigilo. Ahí, los amantes podían encontrarse con el complemento de su existencia. Un camino con perfume romántico, que describía una sombra viva y latente bajo el sol, cuya afición era coleccionar historias de amor: “Estos relatos se remiten hacia aproximadamente doscientos años, época donde se contaron las grandes historias de amor y desamor”.

Nuevamente entramos en el choque de los tiempos y la nostalgia de aquel hombre se sumergía en el fin de un ciclo, donde el amor era el encuentro con el otro, una fisura a la realidad, a lo prohibido, un encuentro con lo trascendental. En medio de la senda romántica, la fluidez de las palabras y el rozar de las almas, dignificaban la existencia. Estas historias polvorientas bajo la copa del árbol quedarían rezagadas por el tiempo con el comienzo de la

modernidad. Así, los encuentros ya no se darían al pie de un árbol amigo de la libertad, enalteciendo el color de la esperanza, sino a través de una pantalla y un teclado.

6

Todo es distante y diferente, todo se da en este momento que todavía no existe, o ya existió; se nos da el privilegio de poder re-crear diferentes y, en casos particulares, nuevas significancias que permiten un diáfano estado relativo de la multiculturalidad. Se escribe con el lenguaje, se escribe con el pensar, se re escribe de forma alterna, la importancia descriptiva del camino, sus santos y muertos, niños sin aliento y procesiones taciturnas.

Arrastrábamos con nuestros pasos esquirlas de dudas, ambiciosas semillas de pregunta que debían ser plantadas en la tierra fértil de la memoria y el lenguaje. Junto a los caminos, moran postillones que cabalgan siempre en la palabra y que engendran historias que permiten resignificar todo. Se resignifica el árbol, el sendero y la bruma que a lo lejos se forma en la carreta por unas cuantas yeguas. Bastará que nos encontremos en la lejanía de la razón pura y lógica, pues ésta no nos dejaría charlar con la muerte ni con cerámicas o esculturas talladas en madera barnizadas con forma virginal que merodean el camino; además, esa razón lógica haría un ruido siniestro que pondría en momento estático todo juego con lo aparente irreal o inerte.

Era necesario encontrarnos con alguien, más que por evitar la soledad, para adentrarnos en la intimidad del camino y sus actores principales. Pasa que cuando lo inusual se apodera de la linealidad vivida, se convierte en necesidad contarlo, como cuando en la mañana el café toma un leve sabor inusual o si dentro del zapato incomoda alguna piedra que punza el caminar; esa pausa provoca una conciencia, un “estamos vivos”. En ese andar nos alcanzamos a topar con don Florentino²¹, y fue nuestra pausa para tomar conciencia, y es que “cualquier pretexto es bueno para interrumpir la marcha”²². Tomando un desvío por un camino, aparentemente principal, llegamos a una casa risueña por sonidos infantiles; con el desorden atípico ciudadano, procuramos un encuentro con don Florentino. Llevaba zapatos empolvados. El frío característico de esos lugares nos incitó a que pasáramos el umbral de la casa. Llegamos, al parecer, a un cuarto donde arruman la hierba, nos acomodamos como mejor nos pareció y la palabra no dio espera.

La memoria ha permitido una experiencia íntima, seguimos encontrándonos con la palabra y viajamos a, tal vez, regaños, diciendo y proclamando una viva condición abierta a las tradiciones culturales: “por eso yo les digo a mis nietas que tengan más cuidado para lo de uno; después, con el tiempo, lo buscan, todo va cambiando. Antes era bonito y era a lo bien, ahora va cambiando, ahora todo es distinto”.

El aroma afanoso por la tranquilidad de leña se nota, o por lo menos eso nos dicen nuestros sentidos, porque charlamos bajo la tranquilidad de la antítesis ciudadana. Entramos a caminar con la memoria, trasladando su tiempo al espacio de su experiencia. Y llevados con el Lenguaje, en esa habitación ya no éramos tres, ni tampoco estábamos ahí, nos empujaba

²¹ Don Florentino, morador del territorio de Obonuco.

²² PAZ, Octavio. Todos Santos, día de muertos. En: *El laberinto de la soledad*. México: Fondo de cultura económica, 2005, p. 47.

cada soplo de don Florentino a un espacio distinto, a un camino viejo y nuevo, se empezaba a dibujar la silueta de alguien, no lo reconocíamos al principio, ya éramos cuatro. Don Florentino nos presenta al padre Cornillo, un padre que glorificaba a Dios en una iglesia grande y que en sus manos tenía algo así como el don de otorgar el permiso de procesión de santos por los caminos, para consagrarlos y protegerlos.

En esa época, andábamos más o menos por el año sesenta, el padre en su caballo pasea su mirada y su vestimenta aseguraba su poder. De mano firme, pero con bondadoso corazón, el padre visita y saluda a los habitantes vecinos o hermanos del pueblo, venía por un camino viejo. Ausentes por momentos en el presente, se mira al padre orgulloso de su vocación, andando por estos lares, proclamando la llegada de lo sagrado.

Entendíamos por momentos que lo sagrado, reflejado en el camino, muestra la relevante intimidad que permite el acercamiento del hombre con lo espiritual. Así es cuando, a partir de la religiosidad, la manifestación de lo sacro emerge de la colectividad y en sincronía con la realidad permite un elaborado ritual de movimiento del santo hacia las casas; caso específico, el ritual del permiso que se debe obtener del pueblo de Obonuco para lograr así una comunión que posibilite la llegada de lo sagrado a lugares que necesitan el don del milagro. La palabra se torna milagrosa, el espacio con el humo de lo santo cubre todo espacio de escepticismo y permite una homogeneidad con lo sagrado. El lenguaje empieza a tornarse místico y la palabra se resignifica a medida que se la posee.

Hay mucha gente alrededor del padre; don Florentino nos dice que hay personas de la Junta que anhelan, en tono desesperado, un permiso para que la Virgen camine y se siente a tomar un agua de panela en las casas. Se le escucha al padre dar aprobación y la Virgen empieza a respirar; el polvo le penetra en los ojos y sus vestimentas finas tornan con leves manchas de llanto. A mitad del camino, la Virgen nota la otra cara de la realidad: la realidad. Ya no hay santos alrededor de ella sino mortales que susurran el milagro que desean. No hay plegarias silenciosas, pero sí cuchicheos preguntando de quién va a ser el primero en convencer a la Virgen para que le otorgue la protección divina. Ella, acostumbrada a la quietud, se marea en ese andar, en ese contoneo de aquí para allá, pues la llevan en una especie de plataforma sagrada que tiene bastones largos y horizontales, que descansan en los hombros de los hombres más devotos. La Virgen que inmaculada en la iglesia se cubre de viento y frío, siente frío, siente, empieza a mirar lo real.

Advertíamos que no importaban los caminos, si eran buenos o malos, la hierofanía debía darse y acariciar los rostros de los afligidos. Un camino que, al parecer, es sólo eso, un camino, se convierte en el eslabón que permite acariciar el rostro de deidades con dones curativos y consoladores. Lo cotidiano del camino se transforma en una realidad consciente, una realidad con pausas y festejos. El camino se convierte en un escenario sagrado, cambia su significado, pero no deja de ser camino.

En ese pasear anocheciendo empiezan a crearse más siluetas; no eran los señores de la Junta, pues su estatura era pequeña y juguetona. Nos dice don Florentino que en estas noches la luna brilla más de lo usual, se la considera noche mala. Miramos hacia arriba y nos dimos cuenta que estábamos bajo ese influjo “maligno”, pues era una noche demasiado

clara. En esa procesión, las siluetas se transforman en niños inquietos que empezaban a revolotear entre la gente; jugando y llorando, tal vez aucas, dice don Florentino. La Virgen empieza a posar la vista en los niños, y con una mirada de regaño, los manda a dormir, pues no son horas de andar jugando, dice ella, y menos llorando, “el camino es de los vivos”. Llega la Virgen al pueblo y siente la necesidad de entablar una charla íntima con los habitantes y camina por cada una de las casas, le conviene decirlo en el silencio de la sala. Cansada de bendecir, les pide a sus ayudantes que la regresen a su altar, necesita tomar aire santo, necesita sus ángeles que la glorifiquen. La Virgen vuelve a dormir esperando un nuevo grito desconsolado del pueblo. La devuelven por el mismo camino, ahora sin niños muertos jugando y con un aire diferente; un aire santo envuelve los caminos.

En este trasegar, en este encuentro con lo diferente, nos topamos con lo religioso en torno al camino y al andar, pues lo homogéneo, en lo sagrado, no exige una universalidad, ni una estandarización. Presenta lo sagrado, en el camino, unas mellas profundas donde el espacio denota características de diferencia en cualidad. Cada letra resuena como obras sinfónicas y se crea una fisura en cada pensar.

La experiencia a través del lenguaje de don Florentino nos hace pensar y recordar un párrafo de Mircea Eliade, en su libro *Lo sagrado y lo profano*, que escribe: “Para el hombre religioso el espacio no es homogéneo; presenta roturas, escisiones: hay porciones de Espacio cualitativamente diferentes de las otras: «No te acerques aquí —dice el Señor a Moisés—, quítate el calzado de tus pies; pues el lugar donde te encuentras es una tierra santa» (Éxodo, III, 5). Hay, pues, un espacio sagrado y, por consiguiente, «fuerte»²³.

²³ ELIADE, Mircea. *Lo sagrado y lo profano*. Barcelona: Paidós, 1998, p. 15.

*
* *

Estábamos frente a otra rellidad, don Florentino nos vuelve a su casa. Por primera vez, y naturalmente, sentimos el miedo al oír brotar las risas de niños, pues habíamos pensado que nos encontrábamos bajo ese influjo maligno. Pero el miedo no debería ser, pues esos brotes de sonidos infantiles ya pertenecían a otra realidad, eran los nietos de don Florentino.

Cada instante tenía su trabajo, el lenguaje nos acercaba a unos setos que dividían lo sagrado de lo profano. Clavamos la mirada en un aire distinto, nuestro sentir se clavaba en un espacio libre de la infamia, en otro mundo, un pequeño mundo, un mundo insólito. Lo insólito nace en el momento en que lo común desaparece, la realidad lógica y profana de la linealidad homogénea desaparece, pues empieza a aparecer una piedra al costado de un camino, de apariencia inerte, que se convierte en lugar sacro que emana bendiciones y obliga a llevarse la mano a la cabeza, al pecho, al hombro derecho, al izquierdo, en son de respeto, mientras se pasa frente a ella. Su característica individual acaece en la importancia de que, en ese lugar, en la memoria de la gente, recaen sucesos relevantes. La bautizaron así como se bautiza a un infante; le ponen nombre, le dieron protagonismo, la bautizaron “Piedra Pintada”.



Figura 16. Piedra Pintada.

“Si se venera a una piedra sagrada es porque es sagrada y no porque sea piedra; la sacralidad manifestada a través del modo de ser de la piedra es la que revela su verdadera esencia”²⁴.

No en vano se bautiza una piedra con este nombre, pues nos cuenta que en esta piedra “había descansado la Virgen”, su esencia sagrada y su contacto con la piedra provocó el tono de un color que en ella yacía.

²⁴ *Ibíd.*, p. 88.

7

Habíamos andado por momentos y realidades empolvadas, habíamos sentido el miedo de los que caminaron por esos espacios, percibimos el olor idílico del amor que permite el camino con testigos arbóreos, caminamos en el laberíntico sendero del bosque que permite el encuentro con lo etéreo y caminamos con próceres de libertad que cabalgaban con rebeldía y guerrilleros que proclamaban a un rey. Nos devolvimos, y no por el mismo camino, sino por uno resignificado. Después de haber andado con la memoria y los sentires de la gente, gestamos una reinterpretación, el camino nos lleva, el camino provoca el deseo del encuentro con lo desconocido, es el vínculo que permite la interacción con el otro. Nos alejábamos, en apariencia, del pueblo, pero llevábamos esquirlas de memorias en nuestro andar. Supimos que el camino se lo hace andándolo.

“Caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.”²⁵

²⁵ MACHADO, Antonio. De cantares. Disponible en Cantares: <http://santiago.pellegrinando.it/poesie/cantares.pdf>.

8

Trasegando bajo las nubes adornando el cielo y los ramajes inquietos, liberados del ruido citadino, nos entregamos por completo a compenetrarnos con la naturaleza y, ante nuestros ojos, una serpiente inquieta se dibuja al portal de entrada consintiendo el caminar con espíritus juveniles y libres de estudiantes. Llegamos hasta el encuentro con el otro. Lo significativo no era más que lo sencillo, la palabra desinteresada que nos brindaban los mayores, llevándonos hasta momentos y lugares por medio de la palabra melodiosa y clara, que se encontraba como un tesoro en la mente lúcida de ellos. Esa palabra nos permitió el intercambio entre la sabiduría de los años y la juventud deseosa de impregnarse y viajar al pasado, hacia nuestra propia historia, por medio del lenguaje, pues la forma de leer los caminos era a través de la memoria. Llevándonos a una resignificación en compañía, al repensar el camino entendíamos que, muy lejos de obtener su importancia en su “simple” trazado, era un escenario de multiplicidades, teniendo la capacidad de transformarse, convirtiéndose en el secuaz de las tardes de juego, de espíritus inocentes, cómplices de enamorados que caminaban con corazón joven y ardiente, tiñendo el aire con aroma idílico, al igual que en tiempo de peregrinación adquieren un carácter sacro para los fieles y compañero de caminantes que terminaban sus arduas jornadas de trabajo. Es así como en él se grabaron innumerables historias, ilusiones, añoranzas, ausencias y nostalgias, que se recalcan en los caminos cuando las palabras de los mayores y de los libros cobran existencia propia.

La fotografía, como una herramienta más del lenguaje, permitió captar instantes relevantes donde el camino contaba historias: “Lo que la fotografía reproduce al infinito, únicamente ha tenido lugar una sola vez: la fotografía repite mecánicamente lo que nunca más podrá repetirse existencialmente”²⁶. Retratos que, lejos de ser bonitos, contaban experiencias, causando en el espectador una herida emocional generada por ese instante perpetuado a la eternidad. Así, aprendiendo a reconocer desde la obra de Roland Barthes, se intenta llegar hasta el propósito de la fotografía, llamado: *El Punctum*.

“El Punctum de una foto es ese azar que en ella me despunta (pero que también me lastima, me punza)”²⁷. La obra fotográfica es aquella que nos permitió captar instantes de tiempo que queríamos perpetuar hasta el pasar de los días. Este viaje, a través de recuadros pausados en el tiempo, cuenta historias en la experiencia de ese sentir en el camino.

²⁶ BARTHES, Roland. *La cámara lúcida*. Barcelona: Paidós, 2010, p. 31.

²⁷ *Ibíd.*



Figura 17. ¿A qué juegas?

“Niño, feliz aún, de amores lleno,
Dormitaba con aire descuidado
Ayer no más sobre el materno seno.”²⁸

En la intemperie de la realidad, estrepitosos pasos yacen en los caminos que condensan una danza de ir y venir jugando a ser real. El camino, acompañando unas botas de caucho, recrea la certeza de los pasos que, reales en la conciencia de quien firma con sus huellas, se aglomeran en una acción inevitable.

²⁸ SANTOS CHOCANO, *Op. cit.*, p. 79.



Figura 18. ¿Y tus manos?

“Paisajes de la ruta de la vida más que de la superficie de la
tierra.
Paisajes del tiempo que fluyen lentamente, casi inmóvil,
que fluye hacia atrás.”²⁹

Se escucha un susurro oxidado al lado del camino. El olvido crea y destruye, crea nostalgia y destruye historias. Las manos, que en algún momento apretujaron una vida, dejaron marcas e instantes en objetos oxidados que hacen parte del absoluto real del camino.

²⁹ PAZ, Octavio. *Obra poética II*. México: Fondo de cultura económica, 2004, p. 365.



Figura 19. ¿Qué cuidas?

“Por los espacios gira la doncella.
Nubes errantes, torbellinos, aire.”³⁰

La hierofanía resulta casi indispensable para limpiar el camino. Se dice y se escucha que, en algún momento, una figura virginal anduvo cansada y polvorienta para poder salvar a los caminantes de travesuras infantiles. Se ha olvidado hacerla caminar, pues le resulta imposible andar con su parálisis (aparente, momentánea) y volver a empolvase en los seductores y gráciles caminos que engalanan los frentes de las casas.

³⁰ PAZ, Octavio. *Libertad bajo palabra*. México: Fondo de cultura económica, 1990, p. 103.



Figura 20. ¿Se escucha?

“A ver, viejo camino taciturno...
Cuéntame ahora tu congoja. Dime
De tus hondos pesares, sensitivo,
Que yo soy taciturno y sensitivo.”³¹

Es la quietud natural protagonista de la calma humana. Cae una hoja de un árbol y la tierra brama; se mueve la nube en dirección contraria a su natural caminar, la tierra brama. Se reacomoda la tierra, pues el cansancio no le es agradable; voltea sus pieles llenas de rocas y piedras; mientras caminan, lágrimas empiezan a brotar de los humanos.

³¹ BARBA JACOB, Porfirio. *Obras completas*. Medellín: Montoya, 1962, p. 310.



Figura 21. ¿Quién grita?

“Desembocamos al silencio
en donde los silencios enmudecen”³².

Ruido en el silencio. El ruido de los pasos recalca el silencio aniquilante, la nostalgia de una ausencia: perfumes, melodías abandonadas y vidas pasadas, danzan en el aire. A pesar de la soledad, la ausencia grita con fuerza, añorando la presencia de aquel hombre de cabellos blancos cuyo último tiempo transcurrió sentado en el sillón, con vista al largo camino, contemplando la fugacidad del existir.

³² PAZ, *Op. cit.*, p. 41.



Figura 22. ¿Estar? ¿No estar?

“No es demás que el volcán
proteste, y breme, y salte de su
asiento.”³³

Se pregunta el caminante ¿qué llevar en la espalda: madera, juguetes o memoria?
Se anda con nidos desarmados y brotes de sudor en las frentes. El caminante prende la voluntad, pues lo trágico lo obliga a hablar con el camino. Mientras andan, camino y caminante endulzan lo recíproco entre dulce y trágico. Se aleja del calor insoportable y mortal de un amigo robusto para encontrar alivio en el agotamiento de caminar, pues se camina para vivir.

³³ SANTOS Chocano, José. Op.Cit., 1954. p. 207.



Figura 23. ¿Y los juguetes?

“Olvidan luz y amor y goce y pena,
y la trisca pueril en los senderos,
donde se imprime en la menuda arena
el tibio rastro de sus pies ligeros.”³⁴

Risas y lágrimas abandonadas en el sendero secuz de la infancia; ojos puros y almas armoniosas afirman la sencillez de la felicidad; tardes de juego y travesuras se grabaron en este polvoriento camino; cuchicheos y carcajadas tienen sonoridad hasta nuestro instante, pues aún bailan en el aire y nosotros escuchamos.

³⁴ BARBA JACOB, *Op. cit.*, p. 222.



Figura 24. ¿Y la tristeza?

“Toda la noche
sentí que el viento hablaba,
sin palabras.”³⁵

A espaldas, ladrillos y tejas en desorden rezongan; desacomodados, se arruman en un espacio que les pertenece y, recostados al costado del camino, descansan en protesta. La ventana no quiso ser más ventana y la casa hace muecas como niño sin dientes. El compadrazgo hace que las muecas y las sediciones de ladrillos y tejas queden en el olvido.

³⁵ OSPINA, William. *Aurelio Arturo*. Bogotá: Procultura, 1990, p. 60.



Figura 25. ¿Has visto el viento?

“¿Quién ha visto el viento?
Ni tú ni yo.
Pero cuando los árboles se
inclinan está pasando el
viento.”³⁶

Desenvainando en el camino una humilde herramienta para rehacer el orden, la humilde doña, trepada en la azotea de una vieja escalera, trasquila las patillas del camino para que el otro ande tranquilo, pues la noche, que yace en el pasado, dejó en los ojos una pena que vuela en el aire, pena que intenta mitigarse con el tesón y el machete del abandonado. Compañera del camino, organiza en la perdida maleza, a pulso de fuerza y cansancio, un buen paisaje para alimentar ojos del caminante perplejo o quizá para que no caiga en la cabeza de un hombre mal intencionado la rama de un pequeño árbol.

³⁶ *Ibíd.*, p. 28-29.



Figura 26. ¿Quién pasa?

“Ave de paso,
fugaz viajera desconocida:
fué sólo un sueño, sólo un capricho, sólo un acaso;
duró un instante, de los que llenan toda la vida.”³⁷

En instantes de percepción se acumulan miradas y cansancio de una cultura que merodea el camino con kilos en la espalda; es perceptible, aunque en apariencia, la fatiga de cuerpo del encuentro, ya con el hogar, ya con su trabajo. Camino y trabajo.

³⁷ SANTOS CHOCANO, *Op. cit.*, p. 484.



Figura 27. ¿Aún se escuchan las risas?

“Los niños son tranquilos y suaves:
trino de noche, lampo de la aurora
sus risas puras y sus ojos graves”³⁸.

Los pájaros mudos, los ramajes mudos, las nubes ligeras y el eco de vidas que quedaron atrás, la inmensidad de un templo reducido a un pequeño espacio cuadrado, dos niñas detenidas en un instante casi perfecto, niñez alegre, ilusiones y tristezas dormidas en el tiempo. Al mirar atrás, notamos lo efímero de la existencia; aun así, nacen, en este silencio y ausencia, las memorias de vidas pasadas, gritando la presencia de lo que fue.

³⁸ BARBA JACOB, *Op. cit.*, p. 222.



Figura 28. ¿Dualidad?

“El camino sin nombre, sin nadie, fluye entre peñas desgastadas.”³⁹

Antes y ahora, al parecer dos momentos o categorías del tiempo que no pueden permanecer juntas. Lo están. Dureza y desmoronamiento, complemento de un todo que acerca a contemplar la existencia desde el momento preciso cuando se camina por aires tensos. Se tienden la mano, lo uno con lo otro; pareciese que son inseparables, el todo y sus partes. Punto cero: desmoronado y duro. Se complementan hasta ser uno.

³⁹ PAZ, *Op. cit.*, 2004, p. 152.



Figura 29. ¿Qué cuentas, camino?

“La casa es un cuerpo de imágenes que dan al hombre razones o ilusiones de estabilidad.”⁴⁰

El camino cuenta la tristeza y desolación de sus caminantes. El exilio, tras el rugir de una ardiente e imponente montaña, nos hace entender lo fugaz que puede ser un instante. ¡Tú, camino que conviertes y desconviertes la esperanza de los que anhelan perdurar su existir!

⁴⁰ BACHELARD, Gaston. *La poética del espacio*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica, 2000, p. 37.



Figura 30. Dualidad. Fotografía estudiante Daniela Jojoa Rosero.

“Hace aproximadamente cincuenta años, esta carretera era un camino muy angosto, donde sólo podía pasar una persona o un animal, como, por ejemplo, un caballo; este camino pasaba por medio de sembrados y alrededor se miraba muy pocas casas, por eso era llamado camino de herradura, que significa camino pequeño y angosto.”

Estudiante: Héctor Achicanoy.

Bajo cielos ladinos, árboles pueriles y nada más que un largo camino, ante nuestros ojos, llamado: Sector Santander. Nos encontramos con la palabra del mayor, rostro borroso, palabras claras y sonoras. En compañía de los estudiantes, recorrimos este camino y llegamos hasta un pasado que se encontraba nítido en la memoria de los mayores y nos llevaría hasta un general amante de la libertad, recorriendo este camino, vanidoso y galante sobre un Palomo, custodiado por su ejército republicano, pregonando independencia, pues afirman que aún en las noches se escucha el galopar de caballos. Las palabras de los mayores cobran existencia propia, llevándonos a lugares y sucesos de la historia opacados por el transcurrir de los días, pero que vuelven a cobrar protagonismo a través del lenguaje.



Figura 31. ¿Y el caballo? Fotografía estudiante Héctor Achicanoy.

“Este camino también pertenecía a los Caminos Reales de Colombia; por éste pasaba la realeza española con sus acompañantes hacia Guayaquil, que era el punto de entrada y salida de mercancía que los españoles necesitaban o enviaban.”

Estudiante: Gustavo Achicanoy.

Un camino, empolvado y agrietado por el tiempo, nos cuenta las desolaciones, ilusiones y alegrías que se dibujaron en el ayer, huellas que dejaron las vidas pasadas, arduos días de trabajo, carretas que hoy reposan sin vida al filo del camino y que avivan la presencia de los que ya no están, tardes infantiles correteando con las almas puras y ánimos inocentes, el andar de ejércitos inmortales, sedientos de independencia, instantes grabados en este camino que yace hasta nuestros días siendo el secuaz y el testigo de innumerables sucesos.



Figura 32. Zigzag. Fotografía estudiante: Diana Mercedes Cortés.

“Es un Camino Real, por el cual se transportaba mucha información sobre la gran diversidad histórica, natural y cultural de diferentes territorios; además de transportar información, también se transportaban alimentos, lo cual en ese entonces se llamaba trueque, que era intercambiar alimentos que se cosechaban en diferentes sitios.”

Estudiante: Jesús Hernán Achicanoy.

Bajo el azul pálido que nos brindaba el azar de la naturaleza y los follajes que le hacían una venia al viento, pudimos divisar una serpiente que abría su paso en la enorme y galante montaña, recorriendo los verdes prados, abrazando a la puerta de entrada en su zigzag que nos permitía trasegar, a la vez que nuestras ideas de juventud se hacían libres; lejos de las murallas nos encontrábamos nosotros mismos. Sin darnos cuenta, el camino ya no era un simple trazado, sino la posibilidad de crear una resignificación, no como lo inerte, sino como escenario único de lo diverso.

CONCLUSIONES

Se realizan, también, construcciones de caminos para impulsar el buen gobierno, con el fin de incrementar las riquezas. Y es que la construcción de caminos permite una comercialización de mercancías; junto a esto, el conocimiento de las plantas y su caracterización, produciendo en la elite criolla, ya que ellos eran los que poseían el criterio para renombrar las plantas, una jerarquización e importancia cultural sobre los demás. A esto se le suma la fuerza del trabajo, pues, utilizando manos de obra indígena, ayudaron a construir los caminos que posibilitaron el mejor comercio y el mejor desplazamiento de tropas militares. De igual importancia, el abrir caminos fue de manera necesaria, debido a que la cartografía era utilizada como una relación entre la ciencia y la política; conociendo el entorno se establecen vínculos que ayudaron a incrementar el dominio español, vínculos que incrementen la riqueza y el poder.

La necesidad de investigar por la importancia de los caminos recae en su aparente obviedad por comprenderlos, pues, más allá de su simple trazado, se reconoció una serie de aspectos que los convierten en esenciales en la vida de los pueblos e intercambio de culturas, fortaleciendo así la economía, como también el aliado de victorias y causante de derrotas en estrategias militares, teniendo clara relevancia en los aspectos políticos y no podemos olvidar su importancia en tiempo santo, transformándose en un camino peregrino y digno de respeto por los fieles. Fue así como se recalcó una serie de multiplicidades teniendo en cuenta que el camino posibilitó y posibilita la comunicación entre culturas cercanas y lejanas convirtiéndose en el vínculo que permite lo económico, político y religioso.

Desde el diálogo con el otro y el relato literario, se construyó una nueva interpretación del camino, visto no como un camino inerte, sino como el escenario en el que se recrea un sinnúmero de vivencias, que son parte del sentir y pensar de los mayores; de esta manera, se repensó, posibilitando así su resignificación.

Se logró, con los estudiantes del grado 11 de la Institución Educativa Municipal Obonuco, a partir del encuentro con la fotografía, textos y experiencias fuera del salón de clases, una interpretación y resignificación del territorio de Obonuco; en particularidad, se logró releer y re escribir el camino a partir del lenguaje del otro, del mayor, del rostro que se desdibuja en la creación del lenguaje.

Se logró reconocer, también, que, por medio de la fotografía, también se podían crear historias cargadas con sentimiento y subjetividad, moviendo al sentir de quien mira la fotografía; de igual forma, el objetivo se cumplió al proponer una escritura diferente para re-escribir el contexto y, a partir de esto, una apropiación y reivindicación del entorno donde nos encontramos, provocando un adueñamiento territorial basado en el respeto y la reciprocidad, pues se entendió que el profesor también puede aprender de los estudiantes y los estudiantes no sólo aprenden del profesor, sino de sus mayores.

BIBLIOGRAFÍA

- BACHELARD, Gaston. *La poética del espacio*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica, 2000.
- BARBA JACOB, Porfirio. *Obras completas*. Medellín: Montoya, 1962.
- BARTHES, Roland. *La cámara lúcida*. Barcelona: Paidós, 2010.
- BASTIDAS URRESTY, Julián. *Historia urbana de Pasto*. Bogotá: Ediciones Testimonio, 2000.
- Chaquiñan. Disponible en: <http://www.trenandino.com/glosario-de-terminos2.php>
- ELIADE, Mircea. *Lo sagrado y lo profano*, Barcelona: Paidós, 1998.
- FOUCAULT, Michel. *El pensamiento del afuera*. Valencia: Pre-textos, 1997.
- GALEANO, Eduardo. *Espejos, una historia casi universal*. Madrid: Siglo XXI, 2008.
- MACHADO, Antonio. De cantares. Disponible en: Cantares, <http://santiago.pellegrinando.it/poesie/cantares.pdf>
- Manual de Historia de Pasto*. Tomo IV. Pasto: Graficolor, 2000.
- ORTIZ, Sergio Elías. *Agustín Agualongo y su tiempo*. Bogotá: Banco Popular, 1974.
- OSPINA, William. *Aurelio Arturo*. Bogotá: Procultura, 1990.
p. 103.
- PAZ, Octavio. *Libertad bajo palabra*. México: Fondo de cultura económica, 1990.
- PAZ, Octavio. *Obra poética II*. México: Fondo de cultura económica, 2004.
- PAZ, Octavio. Todos Santos, día de muertos. En: *El laberinto de la soledad*. Madrid: Fondo de cultura económica, 1998.
- RODRÍGUEZ GUERRERO, Ignacio. *Geografía económica de Nariño*. Tomo IV. Pasto: Sur Colombiano, 1961.
- RUEDA, C. H. Caminos aborígenes. caminos, mercaderes y cacicazgos: circuitos de comunicación antes de la invasión española en Colombia. En: Pilar Moreno de Ángel y Jorge Orlando Melo González. *Caminos reales de Colombia*. Bogotá: Fondo FEN, 1995.

SANTA GERTRUDIS, Juan de. *Maravillas de la naturaleza*. Tomo III. Bogotá, Colombia: Biblioteca Banco Popular, 1970.

SANTOS CHOCANO, José. *Obras completas*. México: Aguilar, 1954.

SCHUETT, Gerhard. Atahualpa Yupanqui. (20 de marzo de 2010). Disponible en: Camino del indio, <https://www.youtube.com/watch?v=AoSjq31K3aM&t=8s>